

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

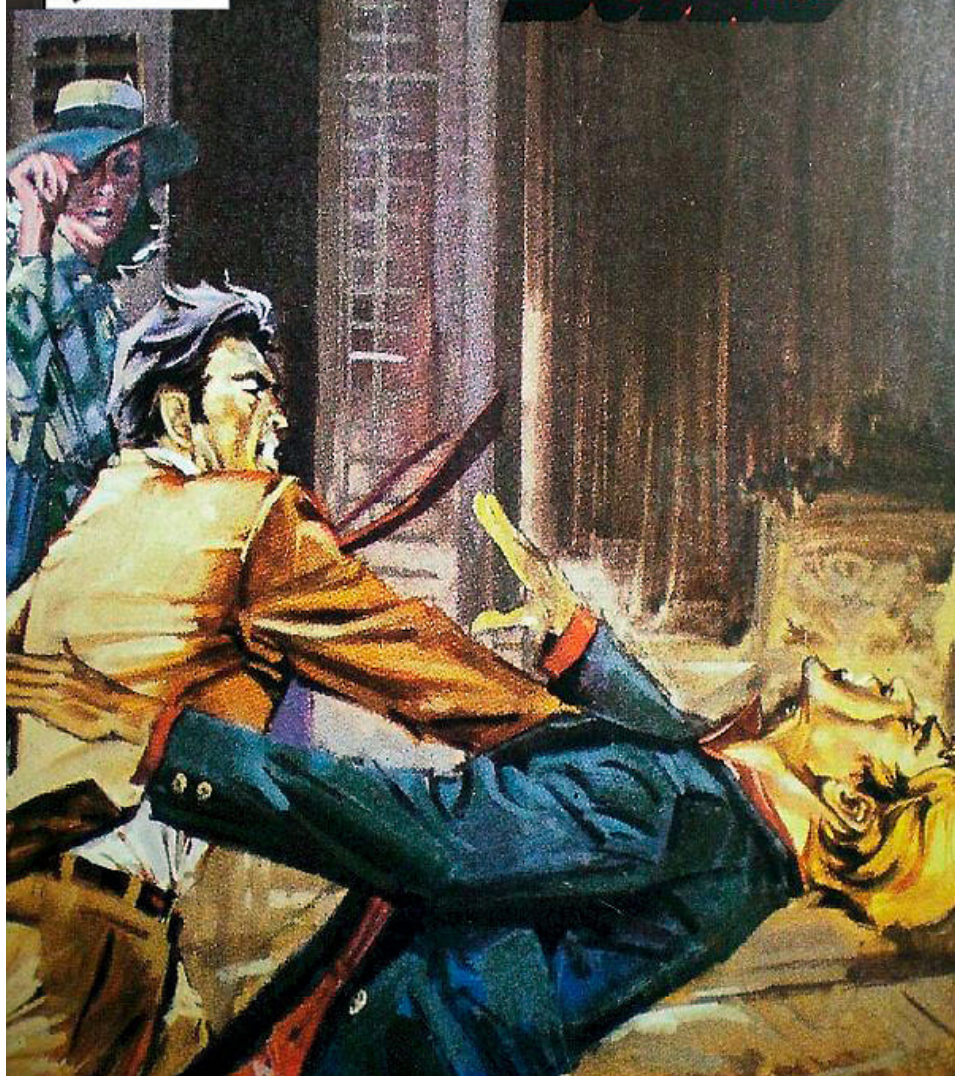
BOLSILIBROS



POLICIACO

**EL CAMARERO
ES UN ESPIA**

**Joseph
Berná**



Una guapa adinerada es acosada en un bar por un tipo con aspecto de matón tras zancadillear al camarero y derramar la comanda en el descote de ella. Este defiende a la joven del tiparraco y se produce una refriega, tras la cuál es despedido de su empleo. La chica viéndose en un compromiso decide presentarse en casa de su rico mentor y tutor para que lo contrate. Pero nadie es quien parece ser, salvo la chica... que es de las que quitan el hipo.



Joseph Berna

El camarero es un espía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1736

ePub r1.0

Lds 18.11.17

Título original: *El camarero es un espía*

Joseph Berna, 1983

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1736. Bruguera – 1983

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 12. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El Lamborghini cruzó la verja de la lujosa villa y tomó la carretera que conducía a San Francisco.

Era un coche fantástico.

Un sofisticado «coupé» con motor central-longitudinal de doce cilindros en V,

3929 cc

y 375 CV DIN, caja de cambios dispuesta por delante del motor, de cinco velocidades, tracción trasera, suspensión por ruedas independientes, frenos de disco autoventilados a las cuatro ruedas.

Pesaba unos 1200 kilos y tenía una longitud de 4,14 metros.

Lo más importante de todo, sin embargo, era la velocidad máxima que podía alcanzar:

300 km

/h. ¡Nada menos! Era un auténtico bólido de carreras.

Para conducir un coche así, hay que ser un buen piloto.

Y Selina Pennell lo era.

Sólo tenía veintitrés años, pero desde que tuvo edad para sacarse el carnet de conducir, venía conduciendo coches de todas las marcas y modelos.

Y cuanto más veloces eran, más a gusto los pilotaba. Era su pasión. Los coches rápidos. La velocidad. Las curvas. Cuanto más cerradas, mejor.

Selina no tenía miedo. Los peligros de la carretera, lejos de asustarla, la hacían gozar como una niña. Y eso que ella, de niña, ya no tenía nada.

90-58-90.

Unas medidas ideales para competir en cualquier concurso de belleza. Poseía, además, un rostro bello, moderno, atractivo. Y unas

piernas que se podía pagar por contemplar. Largas, esbeltas, suaves como la seda.

Estaban casi totalmente visibles, porque Selina lucía una falda abierta, que se había ido hacia los lados cuando la muchacha se sentó al volante de su fabuloso Lamborghini.

La falda era blanca. La blusa, de color violeta, era tan delgada que se podía vislumbrar perfectamente el pequeño sujetador. Una prenda, ésta, que Selina sólo usaba cuando se ponía blusas transparentes.

Cuando no se podían vislumbrar sus pechos a través del tejido, los llevaba totalmente libres, porque los tenía tan firmes que no precisaba de ninguna ayuda para mantenerse erguidos y desafiantes.

Selina tenía el cabello rubio, largo y suave, brillante, los ojos claros, ligeramente rasgados, los pómulos marcados, la nariz pequeña, y los labios llenitos, apetecibles, porque siempre los tenía húmedos, como incitando al beso.

Antes de aumentar la velocidad de su Lamborghini, la joven clavó sus ojos en el espejo retrovisor, para saber si era seguida.

En efecto. De la hermosa villa había salido un Chevrolet negro. Iban dos hombres en él. Selina sonrió. Eran Burke y Gavin, dos de los guardaespaldas de Hilton Farmer, el propietario de la villa.

—Este tío mío. —Murmuró la joven, y forzó la marcha de su deportivo.

El poderoso motor del Lamborghini rugió como una bestia furiosa.

Gavin respingó en el asiento delantero del Chevrolet.

—¡Nos ha visto, Burke! —exclamó.

—¡Era de esperar! —barbotó el otro guardaespaldas de Farmer, que era quien conducía el Chevrolet.

—¡Acelera o se nos escapará otra vez!

—¡Se nos escapará de todos modos, ya lo verás! —repuso Burke, que ya estaba forzando la marcha del Chevrolet.

El Lamborghini, más que correr, parecía volar.

Tomaba las curvas a velocidad de vértigo.

Y el Chevrolet, claro, no tenía más remedio que tomarlas igual.

Era peligroso, muy peligroso, porque Burke no poseía la experiencia de Selina.

Manejaba bien el volante, pero distaba mucho de dominarlo como la sobrina de Milton Farmer.

Cada curva, era un susto tremendo, pues parecía que el Chevrolet iba a salirse de la carretera y estrellarse contra alguno de los árboles que la jalonaban.

—¡Ten cuidado, Burke! —pidió Gavin, con todos los pelos de punta.

—¡Lo tengo, te lo aseguro!

—¡Se masca el accidente!

—¡Si lo tenemos, será por culpa de Selina! ¡Conduce como una loca!

—¡Pero ella nunca se sale de la carretera! ¡Y nosotros ya nos hemos salido un par de veces!

—¡Hoy no nos saldremos, no temas!

—¡Te invitaré a una copa si logras evitarlo! ¡Y a otra si consigues que Selina no se nos escabulla de nuevo!

—¡Lo segundo ya es más difícil, Gavin!

—¡Inténtalo, Burke! El Chevrolet siguió rodando a toda velocidad y pasando muchos apuros en las curvas.

Selina reía cada vez que miraba el espejo retrovisor de su Lamborghini, pues adivinaba que Burke y Gavin estaban sudando tinta por su culpa, y ello le divertía.

En realidad, estaba jugando con ellos, pues en cuanto quisiera podría perderlos de vista.

Sólo tenía que aumentar un poco más la velocidad de su deportivo.

El Chevrolet rodaba ya a tope y no podría alcanzar al Lamborghini, que se esfumaría, como otras tantas veces.

En esta ocasión, sin embargo, Selina decidió prolongar el peligroso jueguecito e hizo algo que no había hecho jamás.

Sacó su Lamborghini de la carretera y lo metió por entre los árboles, que empezó a sortear con una pericia asombrosa.

Burke y Gavin, como era de esperar, se quedaron perplejos.

—¡Se ha salido de la carretera, Burke! —exclamó Gavin.

—¡Y un cuerno! —barbotó su compañero—. ¡Lo ha hecho deliberadamente, para perdernos de vista!

—¿Estás seguro?

—¡Claro!

—¡Esa chica está loca de remate!

—¿Ahora te enteras?

—¡Se va a estrellar contra un árbol!

—¡No temas, conduce demasiado bien!

—¡Síguela, Burke!

—¡Qué remedio!

El Chevrolet dejó también la carretera y se metió por entre los árboles, sorteándolos con mucha dificultad... y mucha suerte, porque la verdad es que el choque parecía que se iba a producir de un momento a otro.

De ahí que Gavin tuviera más tiempo los ojos cerrados que abiertos.

Y es que se veía ya empotrado contra un árbol.

Burke hacía lo que podía, pero no era suficiente, y estaba que la camisa no le tocaba el cuerpo.

Selina disfrutaba con los apuros de los dos guardaespaldas de su tío y decidió continuar con el juego hasta que el Chevrolet quedara inutilizado.

Y no tardó en quedar así, ya que, tan sólo unos segundos después, Burke no podía sortear el árbol que surgió frente a ellos y el morro del coche se empotró en el tronco.

Fue el final de la persecución.

Selina lanzó una carcajada y regresó a la carretera, perdiéndose rápidamente de vista con su flamante Lamborghini.

Gavin maldijo a viva voz.

—¡Se nos ha vuelto a escapar, Burke!

—Esa chica es un diablo —masculló su compañero—. Y el señor Farmer lo sabe, así que no nos reprochará nada. Hemos hecho lo que hemos podido, como siempre.

CAPÍTULO II

Selina Pennell realizó unas compras en San Francisco y después se dirigió a su restaurante favorito.

Cuando almorzaba en la ciudad, solía hacerlo allí, porque le gustaba la comida que servían y la forma en que le trataban.

Paul Tilvern, el encargado, tenía toda clase de detalles con ella, tal vez porque sabía que era sobrina de Milton Farmer, el conocido millonario.

Lo mejor de aquel restaurante, era siempre para Selina.

La muchacha lo sabía y daba generosas propinas, correspondiendo así a las muchas atenciones que tenían con ella.

Selina estacionó su Lamborghini frente al restaurante, paró el motor, y salió del vehículo, después de coger su bolso.

Se lo colgó del hombro, subió a la acera, y penetró en el restaurante.

Paul Tilvern, al verla, exhibió una amplia sonrisa y se apresuró a salir a su encuentro.

Era un cuarentón alto, ni grueso ni delgado, impecablemente vestido.

Le brillaba el pelo, muy negro, y luda un cuidado bigote.

—Qué alegría verla de nuevo, señorita Pennell.

—Hola, Paul —sonrió también Selina.

—¿La mesa de siempre? —Sí, por favor.

—Se la reservo todos los días, aunque no venga usted.

—Es usted demasiado amable, Paul.

—Me encanta complacerla, señorita Pennell.

—Gracias.

Paul Tilvern acompañó a la sobrina de Milton Farmer a la mejor mesa del restaurante y le retiró la silla.

—Siéntese, señorita Pennell.

Selina dejó el bolso sobre la mesa y se sentó en la silla.

La mesa de la derecha estaba ocupada por un tipo grandote, con cara de boxeador retirado, que ya había posado su mirada en la tentadora figura de la joven.

Ahora, la posó exclusivamente en sus torneados muslos, que la abierta falda apenas cubría.

A saber lo que estaría pensando, porque los ojos le brillaron de una forma...

Selina se dio cuenta en seguida de que el tipo le miraba las piernas con deseo, pero no se cerró la falda.

«Las verás, pero no las catarás», pensó, y luego ignoró totalmente al grandullón.

—¿Una copa antes del almuerzo, señorita Pennell? Sugirió el encargado.

—Sí, me apetece —respondió la joven, que se estaba fijando en uno de los camareros.

Debía de ser nuevo, porque Selina no lo había visto antes.

Aparentaba unos veinticinco años, tenía el pelo castaño y las facciones simpáticas.

Era alto, delgado, pero fuerte.

El uniforme de camarero le sentaba muy bien.

El joven, aunque estaba atendiendo a un cliente, miró a Selina.

Y lo hizo de una forma especial.

Parecía sonreírle con los ojos.

A Selina le gustó que la mirara así y sonrió ligeramente.

—¿Es nuevo, Paul?

—¿Quién?

—El camarero.

Tilvern siguió la mirada de la sobrina de Milton Farmer y descubrió que estaba observando al nuevo empleado.

—Oh, se refiere a Teddy.

—¿Se llama así?

—Sí, Teddy Ackland.

—No lo había visto antes.

—Lleva sólo un par de días trabajando en el restaurante, señorita Pennell.

—¿Y qué tal lo hace?

—Bastante bien. Todavía lo tengo a prueba, pero...

—Me gusta su aspecto, Paul.

—¿Quiere que le sirva él la copa, señorita Pennell?

—Sí.

—Se lo diré.

—Gracias, Paul.

El encargado se alejó y habló con Teddy Ackland.

—Le voy a preparar una copa personalmente a la señorita Pennell, Teddy. Y se la servirás tú.

—Encantado, señor Tilvern —respondió el camarero, mirando de nuevo a Selina.

—Esmérate en el trato, Teddy. La señorita Pennell es un cliente muy importante.

—¿De veras?

—Tan importante, que si me presentara la menor queja de ti, tendría que despedirte en el acto.

—Descuide, señor Tilvern. La señorita Pennell no tendrá queja de mí. Sé cómo tratar a las chicas bonitas.

—¡Teddy!

El joven tosió.

—Olvide lo último que he dicho, señor Tilvern.

—Está bien. Anda, ven conmigo.

—Sí, señor Tilvern.

El encargado preparó un martini especial, porque era así como le gustaba a Selina.

Se lo puso en la bandeja al nuevo camarero y dijo:

—Andando, Teddy.

—Sí, señor Tilvern.

—Y saca el pecho, como si estuvieras en el ejército.

—Mejor que saque ella uno de los suyos —murmuró Teddy.

—¿Cómo dices?

—Nada, olvídelo —tosió de nuevo el joven, y echó a andar hacia la mesa de Selina, con el cuerpo bien recto, la cabeza alta, la bandeja bien sostenida.

La sobrina de Milton Farmer no le había quitado ojo a Teddy Ackland, como tampoco el tipo grandote se lo había quitado a ella.

A sus tentadores muslos, más concretamente, que continuaban generosamente exhibidos.

Selina seguía ignorando por completo al tipo.

Si quería mirar, que mirase.

Mientras no le diese por tocar.

Y no estaba tan cerca de ella como para alargar la mano y alcanzar sus preciosas piernas, así que no había cuidado.

Teddy estaba a punto de alcanzar la mesa de Selina, con la mejor de sus sonrisas en los labios, cuando el tipo grandote estiró súbitamente su pierna derecha.

Lo hizo con la peor de las intenciones.

Teddy tropezó y se precipitó sobre la mesa de Selina, perdiendo la bandeja, que saltó de su mano, haciendo saltar a su vez el martini especial que viajaba en ella.

Todo sucedió tan rápido, que Selina no tuvo tiempo de apartarse y el martini se derramó justamente sobre su busto, empapándole la fina blusa y el pequeño sujetador.

Le mojó los pechos, claro.

Y la aceituna del martini, muy traviesa ella, fue a caer entre los turgentes senos de la muchacha.

Desapareció, naturalmente.

Y más que hubiesen caído.

Allí cabían por lo menos una docena de aceitunas.

Selina gritó.

Era normal que lo hiciera, después del remojón de pechos.

Teddy se había agarrado a la mesa y no había llegado a caer al suelo, aunque por poco.

Paul Tilvern, que había seguido con la mirada al nuevo camarero, se quedó blanco al ver lo que pasaba.

—¡Cuidado! —chilló, pero cuando ya Teddy se precipitaba sobre la mesa de Selina por lo que no sirvió de nada.

El desastre ya estaba hecho.

Selina Pennell, la mejor cliente del restaurante, había recibido una auténtica ducha de senos y encima tenía una aceituna alojada entre ellos.

Paul Tilvern hubiera querido que la tierra se lo tragase en aquel momento.

¡Y que se tragase a Teddy Ackland también! El encargado no había visto la acción del tipo grandote, así que consideraba al nuevo camarero culpable de lo sucedido.

—¡Torpe, más que torpe! —rugió, corriendo ya hacia la mesa de la empapada Selina.

El tipo grandote se reía a gusto.

—¡Te ha puesto perdida, rubia!

Selina se había puesto en pie.

Teddy, que se había erguido al mismo tiempo que ella, se apresuró a secarle la blusa con la servilleta.

A intentarlo, al menos, pues estaba claro que no iba a servir de nada.

—¡Cuánto lo siento, señorita Pennell!

Selina, que tampoco había visto cómo el grandullón le ponía la pierna a Teddy, para hacerlo caer, le soltó un zarpazo.

—¡Déjeme! Estaba realmente furiosa.

Y con razón, porque era la primera vez que le echaban un martini entero en el pecho.

Y tampoco había tenido nunca una aceituna alojada entre seno y seno.

Encima, apestaba a alcohol como un borracho.

Paul Tilvern alcanzó la mesa y apartó a Teddy Ackland de un empujón.

—¡Fuera de mi vista, inútil! ¡Estás despedido!

—No fue mía la culpa, señor Tilvern. Tropecé con la pierna de este señor y...

—¡No quiero oír tus excusas! ¡Largo de aquí!

—Está bien —asintió Teddy, y se alejó apesadumbrado.

El tipo grandote se puso en pie y se acercó a Selina.

—Permíteme, preciosa —dijo, y le metió la mano por el escote de la mojada blusa, para extraer la aceituna.

A él casi le extrae Selina la muela del juicio, porque la bofetada fue tremenda.

La muela del tipo no llegó a saltar, pero el sopapo, como era de esperar, trajo consecuencias.

CAPÍTULO III

Teddy Ackland se volvió al oír el sonoro estallido de la bofetada.

El tipo grandote se había llevado la mano a la mejilla.

—¡Qué galleta me has dado, rubia!

—¡Por meter la mano donde no debía, sinvergüenza!

—¡Yo sólo quería sacar la aceituna!

—¿Aceituna...? —Respingó Paul Tilvern—. ¿Qué aceituna?

—¡La del martini! ¡Le cayó en el escote y desapareció entre sus senos!

—¿Es eso verdad, señorita Pennell...?

—¡No! —rugió Selina.

—¡Le vi caer con mis propios ojos, rubia! —insistió el tipo.

—¡Pues le aconsejo que vaya al oculista, porque está peor de la vista que mi abuela!

—¡Te demostraré que es cierto! —Ladró el grandullón, e intentó meter de nuevo la mano en el escote de la blusa.

Esta vez, sin embargo, utilizó la izquierda.

Selina también.

Y le arreó igual de fuerte que con la derecha.

La otra muela del juicio del grandullón peligró.

El tipo se agarró ese lado de la cara y relinchó:

—¡Me has vuelto a sacudir, rubia!

—¡De mí no se aprovecha nadie, amigo! ¡Y eso es lo que usted quiere, aprovecharse con la excusa de que la aceituna del martini me cayó entre los senos!

—¡No es verdad!

—¡Eche a este individuo a la calle, Paul!

El encargado, para no aumentar la furia de la sobrina de Milton Farmer, dijo:

—Le ruego que abandone el restaurante, señor.

El tipo lo agarró de la camisa.

—¿Se atreve a echarme, mamarracho...?

—Ha metido su mano en el escote de la blusa de la señorita Pennell, y eso...

—¡Buscaba la aceituna! —rugió, y le atizó con el puño derecho.

Paul Tilvern salió despedido, tropezó en una silla, y acabó en el suelo, debajo de una mesa.

El grandullón miró a Selina.

—¡Ahora te toca a ti, rubia!

La muchacha dio un salto hacia atrás.

—¡No se atreva a tocarme con sus puercas manos!

—¿Que no...? ¡Me voy a cobrar con creces los dos bofetones que me has dado! ¡Y encontraré la aceituna, aunque tenga que dejarte en cueros!

—¡Atrás, gorila! —gritó Selina, retrocediendo más.

—¡Déjela, amigo! —ordenó Teddy Ackland, que ya corría en defensa de la joven.

El tipo se volvió hacia él, con cara de querer comérselo crudo.

—¿Quieres que te sacuda también a ti, mequetrefe? —Ladró.

—¡Lo que quiero es que deje en paz a la señorita Pennell!

—¡Si das un paso más, te fracturo la mandíbula!

—¡Ya será menos, amigo!

—¡Toma! Teddy se agachó con rapidez al ver que el individuo soltaba el puño y burló limpiamente el golpe, respondiendo con un zurdazo al rostro del tipo.

El grandullón estuvo a punto de caer.

—¡Me has pegado, maldito!

—¿Qué creías, que no me iba a defender?

—¡Te voy a hacer pedazos! —bramó el tipo, y se arrojó sobre él.

Selina pensó que sí, que el grandullón iba a destrozar al camarero.

Y por haber salido en defensa de ella.

Había sido despedido por haberle arrojado el martini al pecho, de forma involuntaria, y no dudaba en arriesgar su físico por evitar que el tipo la maltratara.

Selina, después de esta reflexión, volvió a mirar con buenos ojos a Teddy Ackland y exclamó:

—¡Tenga cuidado, Teddy! ¡No deje que ese energúmeno le destroce a golpes!

—¡No tema, señorita Pennell! ¡Sé defenderme! —aseguró el joven.

Y demostró que era cierto.

El tipo abofeteado por Selina era más alto y más corpulento, pero Teddy era más ágil y más hábil con los puños, por lo que todos los golpes los daba él.

Los golpes efectivos, se entiende.

Los fallidos, los daba el grandullón.

Teddy, después de incrustarle la zurda en el hígado, le estrelló el puño derecho en el pómulos y lo envió al suelo.

—¡Bravo! —exclamó Selina, aplaudiendo.

Teddy la miró un instante y le sonrió.

Paul Tilvern se había incorporado, ayudado por el otro camarero, que no se había atrevido a intervenir en la pelea, impresionado por la corpulencia del tipo que se había empeñado en extraer la aceituna del martini de entre los senos de la sobrina de Milton Farmer.

El encargado se alegraba de que Teddy hubiera salido en defensa de Selina Pennell, pero, como no olvidaba que momentos antes le había arrojado el martini al pecho, poniéndole la blusa perdida, no se atrevía a animar al joven.

El tipo grandote se estaba levantando ya, colérico por los golpes recibidos y por la caída.

—¡Me las vas a pagar, niño! Teddy le apuntó con el dedo.

—Será mejor que se largue, amigo.

—¡Cuando te haya sacado las tripas por la boca!

—¡Qué bestia! —exclamó Selina.

El tipo trotaba ya hacia el camarero.

Teddy volvió a defenderse con eficacia, aunque esta vez no pudo evitar que el grandullón le cazara con su puño izquierdo y lo mandara al suelo.

El joven fue a caer justamente a los pies de Selina.

—¡Teddy! —exclamó la muchacha, mirándole con pena.

El camarero le sonrió desde el suelo.

—No tema, señorita Pennell. Sólo ha sido un puñetazo.

—¡No ha sido un puñetazo! ¡Ha sido un cozo!

—El tipo es una mula, tiene usted razón.

—¡Cuidado, ahí viene...! Chilló Selina.

Era cierto.

El grandullón venía hacia Teddy.

El joven intentó ponerse en pie, pero el tipo lo agarró, lo levantó sin demasiado esfuerzo por encima de su cabeza, y lo arrojó sobre una mesa.

Las patas de la mesa se quebraron y Teddy rodó por el suelo.

—¡Animal! ¡Cafre! ¡Salvaje! —gritó Selina.

—¡Voy por la aceituna, rubia! —dijo el tipo, dando un paso hacia ella.

Selina atrapó su bolso por la correa, porque pensaba utilizarlo como arma, e hizo frente con valentía al grandullón.

—¡Atrás, orangután de feria! —dijo, y la emprendió a bolsazos con él.

El tipo aulló cuando el bolso se estrelló en sus narices.

—¡Gata salvaje! —rugió, y saltó sobre la muchacha, atrapándola con sus musculosos brazos.

—¡Suélteme, simio! —gritó Selina, debatiéndose inútilmente, porque el individuo la tenía bien cogida.

—¡Cuando recupere la aceituna! —rió el tipo, y le introdujo la mano en el escote.

Selina chilló y pataleó cuando sintió la manaza del grandullón entre sus senos.

—¡Socorro...! ¡Líbrenme de este rinoceronte...!

Teddy Ackland, que ya estaba de nuevo en pie, corrió hacia ella.

—¡Voy en su ayuda, señorita Pennell!

—¿Otra vez, botarate...? —Ladró el tipo grandote.

—¡Suéltela, cerdo!

El individuo dejó a Selina para poder hacer frente al camarero.

Intentó agarrarle de nuevo, pero Teddy esquivó las garras del tipo y le golpeó con ambos puños, duramente, haciendo que se tambaleara.

El joven no le dio tregua.

Lo que le dio, fue un puñetazo en el hígado.

El tipo se dobló, dando un rugido de dolor.

Teddy le descargó el puño en la cabeza y el individuo aún se dobló más.

Estaba a punto de desplomarse, por lo que el camarero entrelazó sus manos y las descargó con fuerza sobre la nuca del tipo.

Fue un golpe tremendo.

Un auténtico hachazo.

El grandullón se desplomó y quedó tendido en el suelo, de bruces, absolutamente inmóvil.

Había perdido el conocimiento.

* * *

Teddy Ackland, jadeante todavía, miró a Selina Pennell.

No dijo nada.

Esperaba que fuese ella la que hablase.

Selina se le acercó, sonriente.

—¡Ha podido usted con él, Teddy!

—No ha sido fácil, señorita Pennell.

—¡Desde luego que no! ¡El tipo es un caballo!

—Ya no la molestara.

—Le estoy muy agradecida, Teddy.

El joven sonrió levemente.

—Ha sido un placer ayudarla, señorita Pennell —dijo, y echó a andar.

—¡Teddy! —le llamó Selina.

Ackland se volvió.

—¿Sí, señorita Pennell...?

—¿Adónde va?

—A casa. Estoy despedido.

CAPÍTULO IV

Selina Pennell fue a decir algo, pero no le salieron las palabras.

Cuando Teddy Ackland desapareció, la joven se acercó al encargado del restaurante y pidió:

—Emplee de nuevo a Teddy, Paul.

Tilvern vaciló.

—Le puso la blusa perdida, señorita Pennell.

—No importa.

—Fue una torpeza.

—Fue un accidente, Paul. Teddy tropezó con la pierna del grandullón. Después, no dudó en salir en mi defensa. Y supo librarme del tipo. Sería injusto despedirle.

—Tiene usted razón, señorita Pennell. Emplearé nuevamente a Teddy.

—Corra a decírselo.

—Sí.

Paul Tilvern fue en busca de Teddy Ackland.

Lo encontró en el vestuario, cambiándose de ropa.

—Ponte de nuevo el uniforme, Teddy.

—¿Para qué?

—Vas a seguir en el restaurante.

—Me echó usted, señor Tilvern.

—Es cierto. Tenía que hacerlo, después de lo sucedido. Le empapaste la blusa a la señorita Pennell y...

—No fue mía la culpa, ya se lo dije. El tipo me puso deliberadamente la pierna. Quería hacerme caer. Y lo consiguió.

—El incidente está olvidado. La señorita Pennell me ha pedido que te emplee de nuevo, lo cual demuestra que ya no está enfadada contigo.

—Porque la libré del tipo.

—Sí, te está muy agradecida por haber salido en su defensa.

—Dele las gracias de mi parte a la señorita Pennell, señor Tilvern, pero me marchó.

—¿Ya no te interesa el empleo...?

—No.

—¿Por qué?

—Me trató usted injustamente, señor Tilvern. Me llamó torpe e inútil. Y me echó como a un perro.

El encargado tosió.

—Reconozco que me excedí, pero las circunstancias...

—Lo comprendo, señor Tilvern. Y no le guardo rencor, se lo aseguro. Pero no puedo seguir en el restaurante.

—Está bien. Se lo diré a la señorita Pennell —respondió Paul, y salió del vestuario.

* * *

Después de escuchar a Paul Tilvern, Selina Pennell dijo:

—Yo hablaré con Teddy, Paul.

—Me temo que será inútil, señorita Pennell. Ya no quiere trabajar aquí.

—Lléveme con él, se lo ruego.

—Como quiera.

El encargado acompañó a Selina hasta el vestuario.

Teddy se había cambiado ya y lucía un pantalón claro y una camisa a rayas, de manga corta.

Un atuendo muy veraniego, como correspondía a la época del año.

—Déjenos solos, Paul —pidió Selina.

El encargado se retiró.

Selina sonrió suavemente.

—El señor Tilvern me ha dicho que no desea seguir usted en el restaurante, Teddy.

—Así es.

—Reconozco que fue injusto con usted. Y yo también. No tuvo usted la culpa de lo que pasó, Teddy. La tuvo el tipo, que sentía deseos de divertirse a nuestra costa.

—Efectivamente.

—Me estuvo mirando las piernas desde que me senté. Quería meterse conmigo y lo utilizó a usted.

—Sí, por eso me puso la zancadilla.

—Es usted un buen camarero, Teddy. ¿Quiere trabajar en casa de mi tío?

—¿En casa de su tío...?

—Se llama Milton Farmer. ¿No ha oído usted hablar de él?

Teddy movió la cabeza.

—No, no sé quién es.

—Pues se trata de alguien muy importante. Y muy rico. Yo vivo con él desde que mis padres murieron. Tío Milton me quiere mucho y me trata como a una hija. Quizá porque él no tiene ninguna. Sigue soltero, a pesar de que ya va camino de los cincuenta.

—¿Necesita un camarero su tío, señorita Pennell?

—Bueno, tanto como necesitarlo... Tiene dos camareros y dos camareras, pero la casa es muy grande y mi tío casi siempre tiene invitados, así que hay trabajo para todos. Si yo le pido que lo emplee, tío Milton lo admitirá sin dudar —aseguró Selina.

—Me gustaría, pero...

—¿Qué?

—No puedo aceptar, señorita Pennell.

—¿Por qué?

—Me ofrece usted el empleo por gratitud, no porque su tío necesite más camareros. Si no hubiera salido en su defensa...

—Pero salió, Teddy. Y me libró del tipo. Estoy en deuda con usted y no puedo permitir que se quede sin empleo.

—Encontraré otro, no se preocupe.

Selina le cogió del brazo.

—Acepte, Teddy, se lo ruego. Estará muy bien en casa de mi tío.

—Seguro, pero...

—Por favor.

Teddy sonrió.

—Está bien, señorita Pennell. Trabajaré en casa de su tío.

Selina sonrió ampliamente.

—No se arrepentirá, Teddy.

—Estoy seguro de que no.

—Vamos. Tengo el coche afuera —dijo Selina, tirando de él.

El Lamborghini rodaba ya por las calles de San Francisco, en busca de la carretera que conducía a la lujosa villa de Milton Farmer.

Teddy Ackland no decía nada.

Parecía impresionado por la categoría del coche que usaba Selina Pennell.

Y por la forma en que la muchacha manejaba el volante.

Selina le miró un instante.

—Está usted muy callado, Teddy.

—Es verdad —reconoció el joven, con una ligera sonrisa.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Le asusta la velocidad?

—No, al contrario. Me gustan los coches que corren. Y el suyo es una bala.

Selina rió.

—Espere que lleguemos a la carretera y verá. Haré que mi Lamborghini vuele.

—Es un coche fabuloso.

—Me lo regaló mi tío. Sabe que me encanta la velocidad.

—Conduce usted muy bien, señorita Pennell.

—Sí, el volante es lo mío.

—Lo mío, la bandeja.

Selina volvió a reír.

—¿Le gusta ser camarero, Teddy?

—Sí.

—Y también le gusta el boxeo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—¡Por la forma en que le sacudí al grandullón!

Ahora fue Teddy quien rió.

—Pude con él, pero pasé mis apuros. Cuando me cazó en la mandíbula, pensé que el tipo había cumplido su palabra y me la había fracturado, porque fue una auténtica coz, como usted dijo.

—Tiene un moretón, Teddy.

—No me extraña. Aunque fue peor lo otro.

—¿Lo otro?

—Sí, cuando el tipo me agarró y me levantó como si fuera un muñeco, para luego arrojarme sobre una mesa. ¡Casi me desloma el

tío!

—¡La mesa se rompió! —recordó Selina, riendo.

—¡Y a mi espalda poco le faltó!

—Tendrá que tomarse un par de días de descanso, antes de empezar a trabajar en casa de mi tío.

—No será necesario. Me encuentro bien, señorita Pennell.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra.

—El caso es que el tipo tenía razón.

—¿A qué se refiere?

—A la aceituna del martini.

—¿Le cayó realmente en...? —Teddy señaló el busto de la muchacha, todavía húmedo, porque la blusa aún no se había secado totalmente.

Selina manejó el volante con una mano y se metió la otra en el escote, buscando entre sus senos.

Cuando la retiró, tenía la aceituna entre los dedos.

—¡Seguía escondida en mi busto, la muy bribona! —dijo, riendo alegremente.

Y Teddy, claro, unió inmediatamente su risa a la de ella.

CAPÍTULO V

Milton Farmer se encontraba en el hermoso jardín, sentado en un cómodo sillón de mimbre, a pocos metros de la fantástica piscina.

Una gran sombrilla le protegía del sol, mientras tomaba a pequeños sorbos la copa que le había servido Oscar, uno de los camareros.

Milton tenía cuarenta y siete años de edad, era de estatura media, más bien delgado, y tenía las facciones agradables.

Vestía una llamativa camisa de manga corta, que llevaba totalmente abierta, y un pantalón blanco.

Calzaba mocasines marrones.

En su muñeca izquierda lucía un reloj de oro macizo.

Era un Rolex.

En la muñeca derecha llevaba una gruesa cadena, también de oro macizo, en la que llevaba grabado su nombre: «MILTON».

Estos lujos, y otros muchos, se los podía permitir tranquilamente Milton Farmer, porque tenía muchos millones.

Y aún seguía engrosando su fortuna, ya que cada año obtenía varios millones más.

Eran los beneficios que dejaban sus negocios.

Unos negocios poco claros, en opinión de muchos.

Misteriosos.

Incluso delictivos, según algunos.

Pero eran solamente eso, opiniones.

O sospechas.

Lo cierto es que nadie había podido probar que Milton Farmer tuviese negocios sucios, penados por la ley.

Si los tenía, sabía llevarlos muy bien.

De pronto, Milton sonrió ligeramente.

Había visto entrar en el jardín a Burke y Gavin, y por sus caras adivinaba que Selina se les había vuelto a escabullir con su veloz Lamborghini.

El millonario se acercó la copa a los labios, lentamente, y tomó un nuevo sorbo de licor, mientras Burke y Gavin se aproximaban con el ceño fruncido.

—¿Qué hay, muchachos?

—Se nos escapó otra vez, señor Farmer —informó Burke.

—¿Por velocidad?

—No, esta vez fue por habilidad —rezongó Gavin.

—Contadme.

Burke y Gavin le refirieron lo sucedido.

Milton no pudo contener la risa.

—¡Hizo que os estrellarais contra un árbol!

—Sí, señor Farmer —gruñó Burke—. Y no nos rompimos la cabeza de milagro.

—El Chevrolet quedó allí, empotrado en el árbol —añadió Gavin.

—¡Esta sobrina mía es un demonio!

—Ella también se hubiera podido estrellar, señor Farmer —dijo Burke.

—No lo creo, muchachos. Conduce demasiado bien.

—Pero arriesga mucho —repuso Gavin—. Y el día menos pensado puede tener un serio disgusto.

—Confío plenamente en la habilidad y experiencia de mi sobrina, muchachos. Y ahora, largo.

Burke y Gavin de alejaron.

Milton volvió a reír.

—¡Diablo de chica...! —exclamó, antes de ingerir un nuevo sorbo de licor.

* * *

Un rato después, era Selina Pennell la que entraba en el jardín, acompañada de Teddy Ackland.

—¡Tío Milton! —exclamó la muchacha, levantando el brazo.

Farmer hizo lo propio con el suyo.

—¡Hola, Selina!

La joven se aproximó, en compañía de Teddy, que había acaparado la atención de Milton Farmer.

Selina le dio un beso a su tío, en la mejilla y dijo:

—Te presento a Teddy Ackland, tío Milton.

—Mucho gusto, joven.

—El gusto es mío, señor Farmer —respondió Teddy, estrechando la mano del millonario.

—Diría que te han dado un puñetazo... —murmuró Milton, fijándose en el moretón que Teddy lucía en la barbilla.

—Me lo dieron, señor Farmer. Y valió por tres —aseguró el joven, tocándose el mentón.

—¿Y qué te pasó a ti, Selina? Tu blusa apesta a alcohol... —observó el millonario.

—Me cayó un martini encima.

—¿Y sabes dónde fue a parar la aceituna...? —preguntó la muchacha, con pícaro gesto.

—No.

—¡Entre una y otra!

—¡Selina!

—¡Es la verdad, tío Milton!

Como Selina y Teddy reían, el millonario acabó uniéndolo a la de ellos.

—¡Eres una descarada, sobrina!

—¡Pues cuando te cuente la que se armó en el restaurante donde yo suelo almorzar, por culpa de la dichosa aceituna...!

—¿Qué pasó?

Selina se lo refirió, elogiando la actuación de Teddy.

Milton se puso serio.

—¿Ves por qué quiero que lleves protección cuando vas a la ciudad, Selina? Si Burke y Gavin hubieran estado cerca de ti, habrían impedido que aquel tipo...

—Lo de hoy no ocurre todos los días, tío Milton —le interrumpió la muchacha.

—Pero hoy ocurrió. Y puede volver a ocurrir.

—No me gustan los guardaespaldas, ya lo sabes. Es molesto saberse siempre vigilada. No tienes libertad, pierdes tu identidad, no puedes hacer nada sin que tus perros guardianes lo sepan. Es una lata, tío Milton. Además, de vez en cuando no viene mal verme en

apuros. Eso le da emoción a la vida. ¿No es cierto, Teddy?

—Bueno, yo... —carraspeó el joven.

—Quiero que lo emplees, tío Milton.

—¿Que lo emplee?

—Teddy es un excelente camarero. No te arrepentirás de tenerlo a tu servicio.

—Pero si ya tenemos dos camareros. Y dos camareras.

—Por favor, tío Milton —insistió Selina—. Teddy se ha quedado sin empleo y eso no es justo. Además, se arriesgó a que le destrozaran la cara por evitar que aquel energúmeno se aprovechara de mí. Debemos recompensarle por ello. Y la mejor recompensa es ofrecerle trabajo. De camarero, que es lo suyo.

El millonario sonrió.

—Está bien, sobrina. Emplearemos a tu defensor.

—Gracias, tío Milton.

Teddy carraspeó de nuevo.

—No quisiera ser una carga para usted, señor Farmer. Ya le dije a Selina que no debía emplearme por gratitud. Puedo encontrar trabajo en otro sitio. Si usted no necesita más camareros, no debe...

Selina le puso la mano en la boca y lo hizo callar.

—Ni una palabra más, Teddy. Yo quiero que trabajes en esta casa, y mi tío también, así que ya estás empleado. Si te atreves a discutir, le diré a tío Milton que te despida —bromeó la muchacha.

—Y tendré que hacerlo, joven —dijo el millonario, con una sonrisa.

—Descuiden. No quiero que me despidan dos veces en el mismo día, sería demasiado —respondió Teddy.

Selina y su tío se echaron a reír.

* * *

Milton Farmer se había quedado nuevamente solo en el jardín.

Teddy Ackland tenía que recoger sus cosas y Selina Pennell se había ofrecido para llevarle a la ciudad en su Lamborghini y traerlo de nuevo a casa de su tío, para que se instalara en ella y empezara a trabajar.

Y aprovecharían el viaje para almorzar en San Francisco.

Selina, naturalmente, se había cambiado la blusa y el sujetador,

y había eliminado de su pecho el olor a alcohol, antes de dejar de nuevo la casa de su tío.

En cuanto se marcharon, Milton hizo uso del teléfono interior y llamó a Ron Strudwick, el jefe de sus guardaespaldas.

—Ven al jardín, Ron. Tengo que hablar contigo.

—En seguida, señor Farmer.

Poco después, Ron Strudwick aparecía en el jardín.

Era una buena pieza.

Alrededor de 1,95 de estatura, cabeza cuadrada, hombros poderosos, brazos largos y musculosos, pechazo impresionante, piernas robustas, fuertes y duras como troncos...

Ron Strudwick se acercó al millonario.

—Aquí me tiene, señor Farmer.

—¿Te fijaste en el joven que llegó con mi sobrina, Ron?

—Sí.

—Selina me ha pedido que lo emplee como camarero y no he podido negarme, porque ese joven la defendió de un tipo en el restaurante donde ella suele almorzar, cuando va a la ciudad. Se llama Teddy Ackland y sabe pelear. Es todo lo que sé de él. Pero quiero saber más cosas. Averigua todo lo que puedas sobre ese joven.

—¿Desconfía de él, señor Farmer?

—No, pero quiero saber quién es y lo que ha hecho hasta ahora.

—Lo sabrá, descuide —aseguró Strudwick, con una leve sonrisa.

CAPÍTULO VI

Aquella misma tarde, Teddy Ackland empezó a trabajar en la casa de Milton Farmer, luciendo ya su uniforme de camarero.

Lo hizo en cuanto regresó de la ciudad, acompañado de Selina Pennell.

Su primera actuación, fue servir un par de copas en el despacho de Milton Farmer, en donde éste conversaba con Norman Thinnes, un viejo conocido suyo.

Estaban hablando de negocios, pero se interrumpieron cuando Teddy entró con las copas y no reanudaron la charla hasta que el joven salió del despacho.

El siguiente servicio de Teddy fue llevar una bebida refrescante al jardín, solicitada por Selina, a la que sorprendió nadando en la piscina.

Lo hacía de espaldas, en aquel momento.

Y su estilo era impecable.

Teddy se acercó a la piscina, con la bandeja en la mano.

—¿Se la va a tomar en el agua, señorita Pennell? —preguntó.

La muchacha cambió de estilo y braceó hacia la escalera metálica, alcanzándola en unos segundos.

Mientras subía por ella, recordó:

—Te dije que me llamaras por mi nombre, Teddy.

—Lo sé, pero...

—Si no me llamas Selina, perderás tu empleo —amenazó la joven, en broma.

—Por nada del mundo quisiera perderlo —respondió Teddy, mirándola fugazmente de arriba abajo.

Selina lucía un bikini azul, tan reducido, que a malas penas cubría lo que se supone que las dos piezas de un bikini deben

cubrir.

Las gotas de agua se deslizaban por sus redondos hombros, por sus túrgidos senos, por sus magníficas caderas, por su liso vientre, por sus tentadores muslos...

Teddy, por su gusto, hubiera arrojado la bandeja y habría rodeado con sus brazos a la hermosa sobrina de Milton Farmer, apretadamente, antes de besarla en los labios con ardor.

Pero no podía hacerlo, claro.

Selina tomó la refrescante bebida e ingirió un sorbo.

Lo hizo mirando a los ojos al camarero.

Después preguntó:

—¿En qué estás pensando, Teddy?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Me despediría, seguro.

Selina rió.

—¿Tan atrevidos son tus pensamientos...?

—Como su bikini, más o menos.

—¿Te parece demasiado pequeño?

—Un corto de vista diría que está usted desnuda.

—No sería la primera vez que me baño y tomo el sol así, sin nada.

—No me ordene que le traiga un refresco, cuando esté así.

—¿Por qué?

—Me temblaría el pulso al verla y se me caería la bandeja.

Selina rió de nuevo.

—Eres un tipo simpático, Teddy.

—Gracias.

—¿Has conocido ya a las camareras?

—Sí.

—¿Cuál te gusta más? ¿Britt o Teresa?

—Las dos son bonitas.

—¿Y qué me dices de Oscar y Robert?

—Parecen buenos chicos. Y Charles, el cocinero, también. Creo que me voy a llevar bien con todos.

—Seguro —asintió Selina, y tomó otro trago.

—Me retiro, ¿verdad?

—No, quédate aquí, en el jardín. Dentro de poco voy a

necesitarte.

—¿Para qué?

—Quiero que me apliques un aceite en la espalda. Así puedo tomar el sol sin temor a posibles irritaciones de piel.

—¿Sólo en la espalda?

—Es el único sitio donde mis manos no llegan.

—Ya.

—Claro que, si me agrada el contacto de tus manos y tu forma de aplicar el aceite, quizá te permita aplicármelo también en las piernas.

—Procuraré esmerarme.

—Vale —rió Selina, y se acercó nuevamente a los labios la refrescante bebida.

* * *

Ron Strudwick se detuvo frente al apartamento 22-C.

—Éste es, muchachos.

Burke y Gavin se detuvieron también.

—¿Estará el tipo en casa? —preguntó el primero.

—En seguida la sabremos —respondió Ron, y pulsó el timbre.

Algunos segundos después, la puerta se abrió y el tipo grandote que provocara la caída de Teddy Ackland en el restaurante se dejaba ver.

No tuvo tiempo de preguntar nada, porque Ron Strudwick le estrelló el puño en la cara y lo hizo caer, un par de metros más allá.

El jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer entró seguidamente en el apartamento, siendo imitado por Burke y Gavin.

Fue este último quien cerró la puerta.

El tipo los miró a los tres, desde el suelo.

—¿Qué diablos significa...? —empezó a decir, pero no pudo acabar la frase, porque la punta del zapato de Ron Strudwick se incrustó en sus costillas.

El individuo aulló de dolor y se encogió.

Burke entró en acción, tomando como blanco la región renal del tipo.

Allí le soltó el patadón.

El sujeto bramó y se revolcó por el suelo.

Gavin disparó también la pierna, hundiendo la puntera de su zapato en el estómago del tipo.

Un nuevo patadón, esta vez en el rostro, y propinado por Strudwick, dejó sin conocimiento al hombre que intentara aprovecharse de Selina Pennell.

—Registradle —indicó Ron.

Burke y Gavin se arrodillaron junto al tipo y le vaciaron los bolsillos del pantalón, pero no encontraron nada de particular en ellos.

El individuo iba en mangas de camisa.

Ron Strudwick descubrió su chaqueta doblada sobre una silla y fue hacia ella.

Cuando registró los bolsillos, encontró dos cosas muy interesantes.

—Fijaros en esto, muchachos.

Burke y Gavin se volvieron hacia él.

—Un revólver calibre 38... —murmuró el primero.

—Como los que usa la policía —dijo Ron.

—¿Y qué es lo otro? —preguntó Gavin.

—Una placa de ídem.

Burke y Gavin cambiaron una mirada, sorprendidos.

—¿El tipo es un «poli», Ron...? —exclamó el segundo.

—Sí, pertenece al Cuerpo —asintió Strudwick—. Y encuentro muy raro que un policía le ponga la zancadilla a un camarero en un restaurante, para hacerle derramar un martini sobre el pecho de la muchacha que ocupa la mesa de al lado. Y que luego quiera sacarle personalmente la aceituna de entre sus senos. Y que le dé un puñetazo al encargado del restaurante.

—Tienes razón, Ron —dijo Burke—. No es normal que un policía haga todo eso.

—¿Por qué se comportaría así...? —preguntó Gavin.

—No lo sé. Pero me da muy mala espina, ¿sabes? Sospecho que puede existir una relación entre el tipo y el camarero.

Teddy Ackland llevaba sólo un par de días trabajando en ese restaurante.

Y el tal Fred Crowley no es un cliente habitual.

Según el encargado, hace sólo un par de días que almuerza allí.

Quizá sea una casualidad, pero resulta sospechoso que Teddy Ackland y el policía aparezcan en escena el mismo día.

Y me hace pensar que esperaban a Selina, para representar la comedia.

—¿Comedia...? —repitió Burke.

—Eso he dicho.

—¿Quieres decir que todo estaba preparado...? —preguntó Gavin.

—Me temo que sí, muchachos.

—¿Con qué fin, Ron?

—Lo ignoro. Pero no por mucho tiempo, porque haremos «cantar» al policía.

—¿Lo será también el camarero? —preguntó Burke.

—¿Policía?

—Sí.

—Es posible. Y si no es policía, al menos colabora con ella.

—Y está metido en la villa... —rezongó Gavin.

—¡Es un sucio espía! —barbotó Burke.

—Lo que sea realmente el camarero, nos lo dirá Crowley —aseguró Strudwick—. Por las buenas o por las malas.

—El caso es que en el restaurante se sacudieron de verdad —observó Gavin—. Ackland llevaba un moretón en la barbilla, cuando llegó con Selina. Y Crowley lo lanzó contra una mesa y casi le parte la espalda. Ackland, por su parte, también le marcó la cara al policía. Las señales son bien visibles.

—Que se golpearan de verdad, no quiere decir que no estuvieran representando una farsa —repuso Strudwick—. Los golpes tenían que ser reales, para no despertar sospechas.

—Opino como tú, Ron —dijo Burke—. Y estoy casi seguro de que el camarero es un maldito espía.

—Sí lo es, pobre de él. Y pobre, también, de Crowley, porque tampoco vivirá para contarlo —masculló el jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer.

CAPÍTULO VII

Cuando Fred Crowley volvió en sí, ayudado por los zarandeos y las bofetadas de Burke y Gavin, se encontró atado a la cama, con los brazos y las piernas bien separados.

El policía levantó ligeramente la cabeza y se miró, comprobando que los tipos le habían quitado la ropa antes de atarlo a la cama.

Estaba sin nada.

Desnudo como un gusano.

Era para temerse lo peor, por lo que el policía se estremeció.

No pudo evitarlo.

Burke estaba a su derecha; Gavin, a su izquierda.

Ron Strudwick se hallaba frente a él, a los pies de la cama, con una siniestra sonrisa en los labios.

—Hola, Crowley.

—¿Quiénes sois...? ¿Por qué me golpeasteis...? ¿Por qué me habéis atado a la cama, desnudo?

—Vinimos con intención de darte una buena paliza, por lo que le hiciste a la sobrina de Milton Farmer en el restaurante. Pero no sabíamos, claro, que eres policía. Lo descubrimos al registrar tu chaqueta y encontrar tu arma y tu placa. Y la cosa cambió, porque los tres estuvimos de acuerdo en que no es normal que un policía se comporte como te comportaste tú, Crowley.

—Sólo quería bromear un poco con la chica.

—Oh, vamos, Crowley... Le pusiste la zancadilla al camarero, le pegaste al encargado, intentaste aprovecharte de Selina... ¿A eso le llamas tú bromear un poco?

El policía se mordió los labios.

—Perdí los estribos, lo reconozco. La chica me dio un par de tremendas bofetadas y eso me enfureció. Tampoco me gustó que el

encargado me echara del restaurante, y como estaba rabioso, se me escapó el puño y lo tumbé. Luego, el camarero me plantó cara y...

—De él queremos que nos hables, Crowley.

—¿De quién?

—De Teddy Ackland, el camarero.

—¿Y qué os puedo decir yo?

—Sospechamos que hay una relación entre vosotros.

—¿Relación...?

—Sí, que ya os conocíais.

—¡Ni hablar!

—Confiesa que la pelea fue una comedia, Crowley.

—¿Comedia...?

—¿Quién es realmente Teddy Ackland? ¿Un policía, como tú...?

¿O es sólo un colaborador de la policía, que tiene que hacer de espía en la casa de Milton Farmer...?

—¡Estáis locos si pensáis eso! ¡Ese tipo es un vulgar camarero!

—Para ser sólo eso, pelea muy bien.

—Es verdad, pero...

—Pudo contigo, Crowley. Con un policía alto y corpulento.

¿Cómo es posible...?

—Me confié. Si volviéramos a pelear, le vencería, podéis estar seguros.

Ron Strudwick meneó la cabeza.

—No nos convences, Crowley. Estamos seguros de que lo ocurrido en el restaurante estaba preparado de antemano. Todo fue una farsa, desde la zancadilla a la pelea final. Y queremos que nos digas lo que pretendéis con vuestro bien estudiado plan.

—¡Pero qué plan ni qué...!

—Te conviene hablar, Crowley. Te ahorrarás muchos sufrimientos, porque estamos dispuestos a torturarte hasta que decidas contarnos toda la verdad.

—¡No hay más verdad que ésta! ¡No conozco a ese maldito camarero! ¡El incidente fue auténtico! ¡No hay plan que valga!

—Está bien, tú lo has querido —suspiró Strudwick, quien seguidamente indicó—. Amordazadlo, muchachos.

Burke y Gavin obedecieron al instante.

Después, sacaron sendas navajas de resorte de sus respectivos bolsillos y se las mostraron al policía.

—Vamos a pincharte con esto, Crowley —dijo Burke, con una fría sonrisa.

—Y si los pinchazos no bastan, empezaremos a cortarte cosas —añadió Gavin, paseándole la punta de su navaja por el vientre.

El policía volvió a estremecerse.

Ron Strudwick emitió una risita.

—Burke y Gavin manejan muy bien la navaja, Crowley. Lo mío, en cambio, son los cables eléctricos. Fíjate en estos dos. Están conectados ya a la corriente.

El policía tembló perceptiblemente al ver los cables que el jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer acababa de tomar.

Tenían los extremos pelados, así que si se los aplicaba en el cuerpo, además de la descarga eléctrica le producirían dolorosas quemaduras.

Para aterrorizarle aún más, Strudwick hizo que los cables eléctricos entraran en contacto.

Se escuchó claramente el ruido de la descarga, saltaron chispas, y una columnita de humo se elevó hacia el techo de la habitación.

Fred Crowley sintió un frío intenso por todo su cuerpo, estremecido de pánico.

Burke le paseaba el extremo de la navaja por el cuello, los hombros, las axilas y el pecho, mientras que Gavin le paseaba la suya por el vientre, las caderas y los muslos, pero el policía sólo tenía ojos para los cables eléctricos.

Strudwick sonrió gélidamente.

—¿Estás dispuesto a hablar, Crowley?

El policía, en vez de responder que sí con la cabeza, porque hablar no podía por culpa de la férrea mordaza, tensó sus desarrollados músculos y trató de romper las ligaduras que aprisionaban sus muñecas y sus tobillos.

—Podemos empezar a divertirnos, muchachos —dijo Strudwick.

Burke y Gavin comenzaron a pinchar al policía con sus navajas, haciendo brotar las primeras gotas de sangre.

Strudwick, por su parte, aplicó los cables eléctricos a las plantas de los pies de Fred Crowley.

La contracción del desnudo cuerpo del policía fue terrible.

Se elevó literalmente de la cama al recibir la descarga eléctrica, quedando por unos segundos suspendido en el aire, mientras los

pelados cables quemaban las plantas de sus pies.

—¡Mmmm...! —Fue todo lo que pudo decir, a través de la mordaza, con los ojos desorbitados.

Strudwick retiró los cables y el arqueado cuerpo del policía volvió a tomar contacto con la cama, aunque siguió rígido, estremecido, tembloroso.

El jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer le concedió unos segundos y después preguntó:

—¿Has cambiado de idea, Crowley?

El policía se acordó de las madres de los tres, pero no realizó movimiento alguno con la cabeza.

—Te advierto que esto no ha sido nada, Crowley. Cuando te aplique los cables en lo que tienes de hombre, será mucho peor.

El policía tuvo una clara contracción, pero siguió negándose a hablar, por lo que Strudwick dijo:

—Podemos continuar, muchachos.

* * *

Selina Pennell se había echado boca abajo en una tumbona, para que Teddy Ackland le aplicara el aceite en la espalda.

—Puedes empezar, Teddy.

El camarero, de rodillas sobre el césped, se echó un poco de aceite en la palma de su mano izquierda y procedió a su aplicación, acariciando literalmente la desnuda espalda femenina.

Selina tuvo un dulce estremecimiento, pero no dijo nada.

Teddy carraspeó ligeramente.

—¿Qué tal lo hago?

—Muy bien.

—¿Le agrada el contacto de mis manos?

—Mucho.

—Entonces, podré ocuparme también de sus piernas...

—Sí.

—Qué suerte.

Selina lo miró por encima de su hombro izquierdo.

—No estarás pensando en aprovecharte, ¿verdad?

—¡Dios me libre!

La muchacha rió.

—Eres un granuja, Teddy, pero me gustas.

—Más me gusta usted a mí, Selina.

—Vamos, continúa.

—Sí.

—Y cuidado.

—¿Con qué?

—La espalda tiene unos límites, ¿sabes?

—Sí, estoy enterado.

—Estás a punto de cruzarlos, Teddy.

El camarero tosió y alejó sus manos del tentador trasero femenino, prácticamente desnudo, porque la pieza inferior del bikini, por allí detrás, apenas cubría nada.

—Lo siento, Selina. No era mi intención...

—Pensabas llegar a mis piernas sin saltarte nada, ¿no es eso?

—Por su bien, Selina. Sus preciosas nalgas también están expuestas al sol en buena parte, así que...

—Está bien, no te las saltes. Pero como se te escape algún apretón o algún pellizco, sabrás lo que vale un peine.

—El último que compré, me costó dos dólares.

Selina rompió a reír.

—¡Las tienes a punto, bribón!

Teddy rió también y continuó con la aplicación del aceite, sin temor ya a rebasar los límites de la espalda, porque había sido autorizado a aplicarlo también en la maravillosa grupa.

CAPÍTULO VIII

Norman Thinnes, el viejo conocido de Milton Farmer, había abandonado ya la lujosa villa, pero el millonario seguía en su despacho, realizando unos cálculos.

De pronto, la puerta se entreabrió y Ron Strudwick asomó la cabeza por el hueco.

—¿Puedo pasar, señor Farmer?

—Adelante, Ron —autorizó Milton, interrumpiendo sus cálculos.

El gigantesco Strudwick entró en el despacho, cerró la puerta, y se acercó a la mesa del millonario.

—¿Qué has averiguado sobre Teddy Ackland? —preguntó Milton.

—Poca cosa, señor Farmer. Es como si no hubiera existido antes de alquilar el apartamento en donde vivía desde hace apenas una semana, ya que nadie sabe dónde vivía antes ni dónde trabajaba, de camarero, o de lo que fuera. Ni siquiera Paul Tilvern, el encargado del restaurante donde trabajaba Ackland desde hace un par de días.

—Qué extraño.

—Qué sospechoso, diría yo.

—También, sí —asintió Milton.

—Pues hay algo más sospechoso aún, señor Farmer.

—¿El qué, Ron?

—El tipo que provocó el incidente en el restaurante, era policía. Milton respingó en su sillón.

—¿Policía...?

—Sí.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Queríamos darle unos cuantos golpes al tipo, por lo que le hizo a Selina. El encargado del restaurante sabía su nombre y su

dirección, así que le hicimos una visita al tal Fred Crowley. Lo pillamos en su apartamento, lo dejamos sin sentido a golpes, y encontramos en su chaqueta una «38» especial y su placa de policía.

—No lo entiendo —rezongó Milton.

—Nosotros tampoco, al principio, pero...

Strudwick le habló de sus sospechas.

Y el millonario, claro, las compartió al instante.

—¿Interrogasteis al policía, Ron?

—Sí.

—¿Y...?

—Negó que existiera relación alguna entre Teddy Ackland y él.

—Era de esperar.

—Sí, nosotros ya contábamos con ello. Por eso, antes de reanimarlo, lo desnudamos y lo atamos a la cama. Cuando se negó a confesar, empezamos a torturarlo. Burke y Gavin, con sus navajas, y yo, con un par de cables eléctricos.

—¿Y no dio resultado...?

Strudwick movió la cabeza.

—El tipo no quiso hablar, señor Farmer. Le llenamos el cuerpo de heridas y de quemaduras, porque le apliqué los cables en varios sitios, pero no hubo manera. Lo resistió todo.

Hasta que le falló el corazón, claro.

Milton se estremeció.

—¿Murió?

—Sí, al recibir la última descarga eléctrica. La prolongué demasiado y se nos fue al otro mundo sin habernos dicho nada.

—Qué lástima.

—Sí, fue una pena. Aunque yo estoy seguro de que Teddy Ackland y Fred Crowley estaban de acuerdo. Ese camarero debe ser también policía. O un espía de la policía, si es que no pertenece al Cuerpo.

—Es posible, Ron.

—Nos ocuparemos de él, señor Farmer. Y le obligaremos a confesar.

—No.

—¿Qué?

—No quiero que lo toquéis, por el momento. Os limitaréis a vigilarlo sin que él se dé cuenta de que lo tenemos controlado. Y

cuando dé el primer paso fuera de su trabajo normal de camarero, sabremos que es un espía. Y entonces le ajustaremos las cuentas.

—¿Por qué hemos de esperar?, señor Farmer.

—Por Selina.

—¿Selina...?

—El tipo le ha caído muy bien, Ron. Y tendría que darle explicaciones, si desapareciera de pronto. Por eso prefiero aguardar. No es fácil engañar a mi sobrina.

—Es peligroso tener un espía en la casa, señor Farmer. Mi consejo es que nos libremos de él lo antes posible.

—Estando controlado día y noche, no podrá hacer nada sin que nosotros lo sepamos.

—Eso es cierto, pero...

—Te repito que necesito al menos una prueba de que Teddy Ackland es algo más que un vulgar camarero, Ron. Mientras no la tenga, no quiero que lo toquéis.

—Está bien, señor Farmer. Nos limitaremos a vigilarle las veinticuatro horas del día —respondió Strudwick.

* * *

Teddy Ackland se había retirado ya a su cuarto, ubicado en el ala izquierda de la casa, como los del resto del servicio.

Eran las doce y algunos minutos.

Una hora muy apropiada para meterse en la cama, por lo que el joven se despojó de su uniforme de camarero y se colocó el pantalón del pijama, prescindiendo de la chaqueta.

Con el torso desnudo y los pies descalzos, se introdujo en el pequeño cuarto de aseo y se dispuso a cepillarse los dientes.

Tenía ya en las manos el tubo de pasta dentífrica y el cepillo, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Eran unos golpes suaves, discretos, que seguramente no hubiera oído de haber tenido cerrada la puerta del cuarto de aseo.

Teddy dejó el cepillo y el tubo de pasta sobre el lavabo, y acudió a abrir.

No abrió la puerta totalmente, sino apenas un palmo.

—Britt... —murmuró.

La camarera, que iba en bata, le sonrió.

—¿Te habías acostado ya, Teddy?

—No, estaba en el aseo. Iba a cepillarme los dientes.

—Déjame entrar.

—¿Para qué?

—Charlaremos un poco.

—Es un poco tarde para eso, ¿no?

Britt alzó la mano y pasó su dedo índice por los labios de Teddy, suave y hábilmente.

—¿Se te ocurre algo mejor...?

—Desde luego.

—¿Qué?

—Hacer el amor.

—Encantada.

—Pero no esta noche, Britt.

—¿Por qué?

—Tuve una pelea con un tipo y no estoy en condiciones.

—Qué lástima.

—Lo haremos mañana, si ya no me duele la espalda. ¿De acuerdo, preciosa?

—Vale —se conformó la camarera, y le dio un beso en los labios, muy especial.

Tan especial, que Teddy casi cambia de parecer. Pero no. Dejó que Britt se marchara.

Era pelirroja, tenía los ojos verdosos, y estaba muy bien de formas.

Teddy cerró la puerta y regresó al cuarto de aseo, rezongando:

—¿Por qué no le habré dicho que sí? Atrapó de nuevo el cepillo y la pasta dentífrica, y empezó a cepillarse los dientes.

Por poco no le dejan terminar, ya que todavía se estaba enjuagando la boca, cuando llamaron nuevamente a la puerta.

Teddy se apresuró a soltar el agua que tenía en la boca.

—¿Otra vez...? —exclamó.

Se secó los labios con la toalla y salió rápidamente del aseo.

Los golpes habían sido tan suaves y tan discretos como antes, por lo que Teddy pensó que era la pelirroja Britt que volvía para insistir, pero se equivocó.

Era Teresa, la otra camarera, con su pelo negro, sus ojos morunos, sus rojos labios, carnosos, sensuales, excitantes...

Iba en bata, como Britt, y Teddy adivinó que venía a lo mismo que la pelirroja.

—Teresa...

—¿Te he sacado de la cama, Teddy?

—No, estaba en el aseo, terminando de cepillarme los dientes.

—¿Me dejas pasar?

—¿Qué quieres, Teresa?

—Estar un rato contigo.

—Si no me doliera la espalda, te pediría que te quedaras toda la noche.

—¿Qué te pasa en la espalda, Teddy?

—Un tipo me agarró, me levantó por encima de su cabeza, y me arrojó sobre una mesa. El choque fue muy violento. Tan violento, que las patas de la mesa se rompieron.

—¡Qué salvaje!

—Casi me desloma, créeme.

—¿Quieres que te dé unas friegas, Teddy?

—No, porque no podría resistir la tentación de dártelas yo también a ti.

—¿Dónde?

—En más de un sitio, te lo aseguro.

La camarera rió por lo bajo.

—¿Cuándo podremos pasarlo bien, Teddy? —preguntó.

—Dentro de un par de noches, supongo.

—De acuerdo. Hasta entonces, sueña conmigo —pidió la morena, y le dio un beso, tan hábil como el que le diera su compañera.

Después, Teresa regresó a su cuarto.

Teddy estuvo a punto de retenerla, pero no lo hizo.

Tenía que dormir sólo aquella noche.

Y no porque le doliera más o menos la espalda, sino porque tenía algo que hacer.

CAPÍTULO IX

Burke y Gavin vigilaban el cuarto de Teddy Ackland, perfectamente ocultos.

Cuando vieron que la pelirroja Britt abandonaba el suyo y llamaba discretamente a la puerta del nuevo camarero, Burke adivinó:

—Britt tiene ganas de juerga.

—Sí, parece que le apetece hacer el amor con Teddy —rezongó Gavin.

—Eso es que le ha gustado.

—Como a Selina.

—Ese tipo cae bien a las mujeres, no hay duda —masculló Burke.

—Pero no deja entrar a Britt.

—Qué tonto. Si llamara a mi puerta...

—O a la mía —sonrió Gavin.

Vieron cómo Britt besaba a Teddy, y luego regresaba a su cuarto.

—Nada, el tipo no quiere acostarse con la pelirroja —dijo Burke.

—Peor para él —repuso Gavin.

Instantes después, veían salir a Teresa de su cuarto y dirigirse silenciosamente al del nuevo camarero.

—Otra que tiene ganas de juerga —adivinó Burke.

—Veremos si tiene más suerte que Britt —dijo Gavin.

Teresa y Teddy hablaron, se dieron un beso, y la camarera volvió a su cuarto.

—Tampoco le gustan las morenas, Burke —dijo Gavin.

—No me lo explico, la verdad, porque tanto Britt como Teresa están como para...

—Será que las prefiere rubias.

—Pues no creo que Selina vaya a su cuarto.

—¿Quién sabe?

Se echaron a reír los dos, aunque silenciosamente.

Después, siguieron vigilando el cuarto de Teddy Ackland, callados.

Selina Pennell no acudió al cuarto del nuevo camarero. Hubiera sido el colmo. Tres proposiciones así, en una misma noche, no las recibe ni Robert Redford.

La vigilancia se hizo larga y aburrida.

A Gavin le entró sueño, pero Burke, en cuanto vio que cerraba los párpados, le arreó un codazo.

—No te duermas, Gavin.

Éste consultó su reloj.

—Son casi las tres, Burke.

—¿Y qué?

—Pues, que Teddy Ackland debe de estar durmiendo a piernas sueltas.

—Seguramente. Pero nosotros debemos continuar con los ojos bien abiertos, por si acaso.

—Los míos se me cierran.

—Si te quedas dormido te sacudiré, te lo advierto.

—Está bien, procuraré mantenerme despierto —rezongó Gavin, frotándose los ojos.

—Piensa en cómo se retorció el policía, cuando le pinchábamos con las navajas. Y en cómo brincaba, cada vez que Ron le aplicaba los cables eléctricos.

Gavin sonrió.

—Fue todo un espectáculo, sí.

Burke rió quedamente.

—Qué malos somos, Gavin.

—Y que lo digas —rió también su compañero.

Burke iba a hablar de nuevo, cuando vio que la puerta del cuarto de Teddy Ackland se abrió suavemente.

—¡Mira, Gavin! —exclamó en voz baja, al tiempo que tocaba con el codo a su compañero.

Gavin clavó sus ojos en el cuarto del nuevo camarero.

—Va a salir —murmuró.

En efecto, Teddy Ackland salió de su cuarto.

Se había puesto la chaqueta del pijama, antes de abrir la puerta, pero seguía descalzo.

Burke y Gavin lo vieron cerrar la puerta con suavidad y caminar por el corredor, con paso lento y silencioso.

Teddy no los vio a ellos, porque era muy difícil descubrirlos.

Alcanzó la escalera y empezó a descender por ella.

Burke y Gavin tuvieron que abandonar su escondite, para seguir al nuevo camarero.

Tenían que saber adónde iba y lo que hacía.

Teddy llegó abajo y fue directamente hacia el despacho de Milton Farmer, sigiloso.

Lo alcanzó y pegó su oído a la puerta, antes de abrirla.

Burke y Gavin, como ya no tenían ninguna duda con respecto a las intenciones del nuevo camarero, decidieron intervenir antes de que éste se introdujera en el despacho de Milton Farmer y empezara a husmear en él.

Se dejaron ver los dos a la vez.

—¡Quieto, Ackland! —ordenó Burke.

—¡No entres ahí! —dijo Gavin.

Teddy respingó y se volvió hacia ellos.

—Me he lucido... —murmuró.

Burke y Gavin ya corrían hacia él.

El primero le atizó un puñetazo y lo derribó.

Teddy los miró.

—No es para tanto, muchachos... —dijo, masajeándose el mentón.

Gavin lo apuntó con el dedo.

—¡Te has caído con todo el equipo, Ackland!

—¿Qué equipo, si sólo llevo el pijama?

—¡No hagas chistes! —Ladró Burke, agarrándolo de la chaqueta y levantándolo con brusquedad.

Gavin lo sujetó por detrás, para que no pudiera utilizar los brazos.

—¡Atízale de nuevo, Burke!

Éste levantó el puño.

—¡Un momento! —rogó Teddy—. ¿Por qué tienen que...?

—¡Lo sabes muy bien! —respondió Burke, y dejó ir el puño.

Teddy ladeó la cabeza a tiempo y los nudillos de Burke percutieron en el rostro de Gavin, que se vino abajo, dejando libre al camarero.

—¡Maldito! —rugió Burke, rabioso porque su puñetazo lo había recibido Gavin, y soltó de nuevo su maza derecha.

Teddy se agachó con rapidez y el puño del matón sólo le rozó el pelo.

Antes de que Burke pudiera enmendar su fallo, el camarero lo empujó con fuerza y lo hizo caer de espaldas.

—¡Muchachos, por favor! ¡No he hecho nada malo!

Burke y Gavin se incorporaron, furiosos. El segundo atacó a Teddy, pero éste burló el golpe y respondió con un trallazo a la mandíbula, que hizo rodar por el suelo a Gavin. Burke disparó el puño, buscando la cara del camarero. Tampoco la encontró, porque Teddy supo apartarla a tiempo y pasar rápidamente al contraataque, hundiendo su puño izquierdo en el hígado del matón.

Burke bramó de dolor y se encogió.

Teddy le atizó con la derecha, en el pómulo, y lo envió nuevamente al suelo.

—¿Es que no podemos hablar como seres civilizados, en vez de sacudirnos? —dijo a continuación.

—Tienes mucha razón, Ackland. Hablaremos como seres civilizados —respondió alguien, a sus espaldas.

Teddy se volvió en el acto.

Era Ron Strudwick.

Y esgrimía una Luger, provista de silenciador.

* * *

Teddy Ackland se quedó mirando al jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer.

—Los seres civilizados no usan «eso», señor Strudwick.

—A veces, sí —sonrió Ron, acercándose.

Burke y Gavin ya se estaban poniendo en pie.

Hicieron ambos ademán de golpear a Teddy, pero Strudwick dijo:

—Quietos, muchachos. Por el momento, limitaos a sujetarle. Más tarde, y según cómo vaya la conversación, actuaremos.

Burke agarró a Teddy del brazo derecho y Gavin se encargó de sujetarle el izquierdo.

El joven no ofreció resistencia alguna, porque Ron Strudwick le apuntaba con su Luger.

—¿Qué pasó, muchachos? —preguntó Ron.

—El tipo iba a introducirse en el despacho del señor Farmer —respondió Burke.

—¿Con qué intención, Ackland?

—Había quedado en verme con alguien a las tres.

—¿Con quién?

—No debo decirlo, señor Strudwick.

—¿Por qué?

—Comprometería a la chica.

Ron Strudwick emitió una risita burlona.

—Así que la cita era con una mujer, ¿eh, Ackland?

—Sí.

—¿Selina...?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Soy un tipo listo.

—Por favor, no se lo diga al señor Farmer —rogó Teddy—. Se enfadaría con Selina y a mí me despediría en el acto.

—¡Seguro!

—No se lo dirá usted, ¿verdad, señor Strudwick?

—Depende.

—¿De qué?

—Quiero que confieses, Ackland.

—¿Que confiese qué?

—Que no eres camarero, sino policía.

—¿Policía, yo...?

—O, al menos, un espía enviado por la policía para averiguar cosas sobre el señor Farmer.

—¡Eso es un disparate!

Strudwick sonrió fríamente.

—Confesarás, Ackland. Tenemos unos métodos infalibles para tirar de la lengua. Metedlo en el despacho, muchachos.

CAPÍTULO X

Burke y Gavin introdujeron a Teddy Ackland en el despacho de Milton Farmer, con brusquedad, y lo sentaron en un sillón.

El joven, encañonado en todo momento por Ron Strudwick, no se resistió.

Lo que sí hizo, fue protestar.

—¡No tienen ningún derecho a tratarme de esta manera! ¡No sé nada de policías ni de espías! ¡Soy un simple camarero!

—Un embustero, eso es lo que eres —repuso Ron.

—¡Estoy diciendo la verdad!

—No habías quedado en verte aquí a las tres con Selina. Viniste porque pensabas que a estas horas no te vería nadie y podrías revolver el despacho del señor Farmer. Pero te equivocaste, Ackland. Sospechábamos de ti y te teníamos vigilado.

—¿Qué sospechaban de mí...?

—Sí, desde el primer momento.

—¿Por qué?

—Lo ocurrido en el restaurante olía a farsa.

—¿Farsa...?

—Estaba preparado.

La zancadilla, la caída del martini sobre la blusa de Selina, la pelea...

Contaba de antemano con el despido, por haberle mojado el pecho a Selina, y con que ella te ofreciera un empleo en esta casa, por haberla defendido del tipo.

Y el plan funcionó a la perfección, ya que Selina no sospechó que todo era una comedia y te trajo aquí.

—¡Todo eso es absurdo, señor Strudwick!

—No, no lo es, Ackland. Y tú lo sabes mejor que nadie. Eres un

sucio espía y te obligaremos a confesarlo. ¡Abrirle la chaqueta, muchachos!

Burke y Gavin descubrieron el torso de Teddy.

—Sujetadlo con fuerza, porque va a brincar de dolor —aseguró Ron, con una expresión que erizaba el vello.

Teddy se agitó nerviosamente en el sillón.

—¿Qué van a hacerme?

Strudwick iba a decírselo, cuando la puerta se abrió y Selina Pennell entró en el despacho, envuelta en una bata.

—¡Soltad a Teddy en seguida! ¡Es cierto que habíamos quedado en vernos aquí a las tres!

* * *

Las palabras de la sobrina de Milton Farmer llenaron de sorpresa a Ron Strudwick y los otros dos matones, porque hasta aquel momento habían estado seguros los tres de que Teddy Ackland se había inventado lo de su cita con Selina Pennell para justificar su sigilosa llegada al despacho del millonario.

—¡He dicho que lo soltéis! —habló de nuevo la muchacha, con gesto autoritario.

Strudwick hizo un gesto con la mano y Burke y Gavin dejaron libre al camarero.

—¡Guarda esa pistola, Ron! ¡Y largaos los tres! —ordenó Selina.

Strudwick devolvió su Luger a la funda axilar.

—Vámonos, muchachos —masculló.

Salieron los tres del despacho.

Selina esperó a que se alejaran y luego cerró la puerta.

Teddy se había puesto en pie y se estaba abrochando la chaqueta del pijama.

—Gracias, Selina. Me ha sacado usted de un buen apuro con su mentira.

—Todavía no sé por qué lo he hecho —respondió la joven, seria.

—Yo sí que lo sé. No quería usted que los hombres de su tío me maltratasen.

—Es cierto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Eres un espía.

—Sí.

—¿Policía?

—Agente del FBI.

—Nada menos.

—Guárdame el secreto, ¿eh? —sonrió Ackland, tuteándola por primera vez.

Selina continuó seria.

—¿Qué buscas en esta casa, Teddy?

—Pruebas de que tu tío trafica con drogas.

—No creo que eso sea cierto.

—Nosotros estamos seguros de que sí. Sabemos que Milton Farmer es el jefe de una importante organización, pero no podemos demostrarlo. Y no podemos porque tu tío sabe hacer bien las cosas.

—Queréis mandarlo a la cárcel, ¿eh?

—Es nuestro deber, Selina.

—Me arrepiento de haberte ayudado, Teddy. Debí dejar que Ron, Burke y Gavin...

—Llámalos.

—¿Qué?

—Dile a Ron que mentiste, que tú y yo no habíamos quedado en vernos aquí, que lo dijiste para evitar que me maltrataran.

Selina se mordió los labios.

—No puedo hacer eso.

—Entonces, no digas que te arrepientes de haberme ayudado.

La joven guardó silencio.

Teddy se acercó y la cogió por los hombros, suavemente.

—¿Por qué crees que te lo he confesado todo?

—No lo sé.

—Confío en ti, Selina. Sé que no me delatarás.

—Milton Farmer es mi tío, Teddy. Y no quiero que vaya a la cárcel.

—¿Tú no sospechabas que él...?

—No.

—¿Seguro?

La muchacha bajó la mirada.

—Bueno, si he de ser sincera, alguna vez he tenido dudas con respecto a la legalidad de los negocios de mi tío. Pero, cuando eso sucedía, procuraba pensar en otra cosa. Quiero a tío Milton, porque

se porta muy bien conmigo. Me trata como a una hija, ya te lo dije.

El agente del FBI la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cabeza, descubriendo que tenía los ojos húmedos.

—Lo siento, Selina, créeme. No quisiera hacerte daño, pero me han encomendado una misión y tengo que cumplirla. Si tu tío va a la cárcel, no será por mi culpa. Ni por la tuya, si no me delatas. La culpa será suya, por haberse enriquecido negociando con algo que está prohibido y castigado por la ley.

—Lo sé, pero...

—Si me delatas, me matarán.

—¿Matarte? —Se estremeció la joven.

—Sí, no pueden dejarme con vida. Y aunque tú no le digas nada a tu tío, es posible que sus hombres intenten liquidarme. Sospechan que lo ocurrido en el restaurante estaba preparado.

—¿El tipo grandote era otro agente?

—No, un policía local. Se prestó a colaborar conmigo.

—Jamás hubiera sospechado que lo sucedido allí...

—Te pido disculpas, Selina, pero era necesario armar todo aquel jaleo.

—Lo hicisteis los dos muy bien.

—Es que la pelea fue auténtica.

—Ya.

—¿Qué hacías levantada a estas horas?, Selina.

—Me desperté, sentí deseos de beberme un vaso de leche, y bajé a la cocina. Antes de alcanzarla, oí ruidos y voces, y vine hacia aquí, descubriendo que Burke y Gavin te tenían sujeto, y que Ron te apuntaba con su pistola.

Me oculté y escuché lo que hablabais.

Después, cuando te metieron en el despacho, para maltratarte, vine corriendo y abrí la puerta apenas un centímetro, para seguir escuchando e intervenir en el momento justo. Sólo tuve que apoyar tu mentira, ya lo viste.

El agente sonrió.

—Quiero darte las gracias, Selina.

—Ya me las diste.

—Pero no de esta manera —repuso Teddy, y la besó en los labios, recreándose en la acción, porque valía la pena.

Selina se dejó besar.

Y abrazar.

Cuando el agente del FBI retiró su boca y la miró a los ojos, descubrió que los tenía cerrados.

—Selina...

La joven separó los párpados y le miró.

—No has debido besarme así, Teddy.

—¿Por qué?

—Me has llegado al corazón.

—Tú ya estás en el mío.

—¿Lo dices en serio?

—Me gustaste desde el primer momento. Y cuando te vi en la piscina, con aquel descarado bikini azul, aún me gustaste más.

Selina sonrió.

—Te pusiste las botas mientras me aplicabas el aceite, granuja.

—Es verdad —rió Ackland.

—Por suerte para ti, me gustó.

—¿Puedo besarte otra vez?

—Lo estoy deseando —confesó Selina, y le ofreció sus tentadores labios.

Teddy la besó con ganas.

Algunos segundos después, Selina sentía que la mano del agente se deslizaba por el escote de su bata y alcanzaba sus senos.

Interrumpió el beso y preguntó:

—¿Se puede saber qué haces, descarado...?

—Busco la aceitunita del martini —respondió Teddy, y volvió a unir su boca a la de ella.

A Selina no le dio tiempo a reír, pero no quiso interrumpir de nuevo el beso y permitió que el agente le acariciara los pechos, porque lo hacía con mucha sabiduría.

CAPÍTULO XI

Milton Farmer no se había enterado de nada, porque dormía profundamente en su cama, pero Ron Strudwick decidió despertarle e informarle de todo, así que dejó a Burke y Gavin vigilando el despacho del millonario y él se fue escaleras arriba.

Dio unos golpes en la puerta del dormitorio de Milton y luego penetró en él.

—¿Señor Farmer...?

El millonario se despertó y lo miró.

—¿Qué sucede, Ron?

—Teddy Ackland.

Milton irguió el torso de golpe.

—¿Qué ha hecho?

Strudwick le puso al corriente.

El millonario saltó de la cama y se puso rápidamente la bata.

—Selina mintió, Ron. Ella no quedaría jamás en verse con un camarero, a las tres de la mañana, en mi despacho.

—¿Por qué lo dijo, entonces...?

—Debió oír que Ackland ponía esa excusa, cuando lo atrapasteis, y decidió apoyar su mentira para librarle de vosotros.

El tipo le cae muy bien, ya te lo dije.

—¿Y qué hacía Selina levantada a estas horas, si lo de su cita con Ackland en el despacho no es cierto...?

—No lo sé, Ron. Pero lo averiguaré. Vamos, rápido. No quiero que Selina y el tipo sigan solos en mi despacho. Ahora ya no tengo ninguna duda de que Teddy Ackland es un espía y no quiero que encuentre lo que fue a buscar en mi despacho.

—Aunque lo encuentre, de poco le servirá, porque no saldré vivo de esta casa —masculló Strudwick.

—Desde luego que no. Poco falta para que amanezca, pero te puedo asegurar que ese sucio espía no verá la luz del nuevo día —garantizó Milton, antes de salir de su dormitorio.

* * *

Teddy Ackland separó su boca de la de Selina Pennell, pero no retiró su mano del busto femenino.

—¿Qué, has encontrado ya la aceituna...? —preguntó ella, con pícaro gesto.

—Sí, creo que la he localizado. Incrustada en la cima de tu seno izquierdo.

—Conque incrustada, ¿eh?

—Sí, no quiere salir, la condenada. Tiro de ella, pero...

—Como me arranques el pezón, sabrás lo que vale un peine.

—Ya te dije lo que me costó el último. Un par de dólares.

Rieron los dos.

De pronto, Selina se puso seria y dijo:

—Debes abandonar esta casa, Teddy.

—¿Abandonarla...?

—Sí, esta misma noche. Corres peligro en ella, tú mismo lo dijiste. Aunque yo no te delate.

—Lo corro en todas las misiones que me asignan. Forma parte de mi trabajo.

—Por favor, hazme caso. No quiero que los hombres de mi tío te atrapen y...

—Tengo que cumplir mi misión, Selina. Y ya sabes cuál es. Encontrar pruebas contra tu tío. Puede que las halle en este despacho, pero ahora no puedo buscarlas. Ron, Burke y Gavin me están esperando. No puedo sacar nada del despacho. Tendré que volver.

—¡Te estás jugando la piel, Teddy!

—No te preocupes. Si los hombres de tu tío me ponen nuevamente en apuros, sabré defenderme.

—No quiero que te maten, Teddy.

—Confía en mí, Selina —pidió el agente del FBI, y la besó.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y Milton Farmer entraba en el despacho, acompañado de Ron Strudwick.

Burke y Gavin aguardaron fuera.

Teddy y Selina se separaron al instante.

—Tío Milton... —murmuró la muchacha.

—Vuelve a tu habitación, Selina —ordenó el millonario, con el gesto agrio.

—Déjame que te explique.

—No necesito que me expliques nada. Son más de las tres, estás en mi despacho con Teddy, y reconociste que te habías citado con él. Con un vulgar camarero. ¡Es vergonzoso!

—Le quiero, tío Milton.

—¿Qué...?

—Estoy enamorada de Teddy. Y él siente lo mismo por mí. Díselo, Teddy.

—Es cierto, señor Farmer. Amo a Selina —confesó el joven.

Milton lo fulminó con la mirada. Después, insistió:

—Regresa a tu habitación, Selina. Hablaré contigo mañana. Ahora quiero hablar con Teddy.

—Hazlo en mi presencia.

—¡No, maldita sea! ¡Vuelve a tu habitación inmediatamente o haré que Burke y Gavin te lleven a rastras!

La joven iba a protestar, pero el agente del FBI rogó:

—Obedece a tu tío, Selina.

—Pero...

—Por favor —insistió Teddy.

—Está bien. Pero escucha esto, tío Milton. Si tus hombres le hacen algún daño a Teddy, me iré de esta casa y no volverás a verme más. Te lo juro.

Las pupilas del millonario centellearon.

—Sal del despacho, Selina —dijo, con voz ronca.

La muchacha obedeció. No quería dejar solo a Teddy, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

En cuanto Selina salió, Ron Strudwick cerró la puerta, dejando fuera a Burke y Gavin. Milton Farmer, por su parte, miró acerbamente al agente del FBI y dijo:

—Bien, Teddy, ya estamos solos.

Ahora podemos hablar claro. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

—A sus sospechas, supongo. Totalmente infundadas, por cierto.

—¿De veras?

—¿Cómo voy a ser yo un espía? ¡Es absurdo!

—El tipo grandote era policía.

—¿Qué?

—Estoy hablando, y tú lo sabes muy bien, de Fred Crowley, el hombre que provocó el incidente en el restaurante. Un incidente perfectamente estudiado, porque Crowley y tú estabais de acuerdo, Ackland.

—¿Cómo sabe que Crowley es policía? —murmuró Teddy.

—Ron lo averiguó. Y entre él, Burke y Gavin, trataron de hacerle «cantar», pero no lo consiguieron, porque el tipo lo resistía todo.

El agente del FBI sintió que le quemaba la sangre en las venas.

—¿Lo torturaron?

—Con navajas y cables, eléctricos, pero no hubo manera de que soltara la lengua.

Teddy apretó los puños con fuerza.

—Canallas...

—Tú recibirás el mismo tratamiento, Ackland. Pero, antes de torturarte, Ron te hará una demostración de su extraordinaria fortaleza física. ¡Adelante, Ron!

Strudwick enseñó los dientes.

—Encantado, jefe —dijo, y fue hacia el agente del FBI.

* * *

Teddy Ackland se alegró de que Ron Strudwick le atacara, porque le brindaba la oportunidad de dar rienda suelta a toda la furia que en aquellos momentos almacenaba en su cuerpo. Vengaría a Fred Crowley.

Milton Farmer sólo había admitido que sus hombres torturaron al policía con navajas y cables eléctricos, pero el agente del FBI adivinaba que habían acabado con él. De ahí su furia, hasta aquel momento difícilmente contenida.

Strudwick, naturalmente, era un enemigo peligroso, pero Teddy no le temía. Había sido convenientemente adiestrado, como cualquier agente del FBI, y sabía cómo frenar, cómo golpear, y cómo aplastar si era necesario a un hombre de la talla y corpulencia de Ron Strudwick.

Milton Farmer se había hecho a un lado, con la sonrisa en los labios, pues estaba seguro de que su hombre de confianza le iba a propinar una soberana paliza a Teddy Ackland. Muy pronto, sin embargo, se dio cuenta de su error.

Teddy tenía conocimientos de judo. Y los puso en práctica.

El gigantesco y musculoso Strudwick se vio volteado una y otra vez por el agente del FBI. Y golpeado. En ambos lados del cuello, en los hombros, en los costados, en el pecho, en la cara...

Teddy le atizaba con los cantos de sus manos y con sus talones, que parecían recubiertos de acero. Ron Strudwick no encontraba la manera de evitar la lluvia de golpes y los continuos batacazos, que lo dejaron literalmente destrozado.

Como punto final, el agente soltó un tremendo rodillazo entre los muslos, diciendo:

—¡Esto de parte de Crowley!

Strudwick lanzó un terrible alarido y se desplomó en el acto, loco de dolor.

Milton Farmer no quiso esperar más y extrajo la pistola que llevaba en el bolsillo derecho de su bata.

—¡Se acabó, Ackland!

CAPÍTULO XII

Era una
Smith & Wesson.

Y llevaba un silenciador acoplado, como la Luger de Ron Strudwick.

Teddy Ackland adivinó que Milton Farmer tenía intención de disparar sobre él, porque, después de verle pelear de aquella manera, el tío de Selina ya no podía tener la menor duda de que se trataba de un policía.

Y no de un policía cualquiera.

Milton, efectivamente, había decidido liquidarle, sin hacer caso de lo que su sobrina le dijera.

Le apuntó y apretó el gatillo, pero cuando ya el agente del FBI volaba hacia él, con el pie derecho por delante.

El talón de Teddy golpeó la mano del millonario, justo en el instante en que éste disparaba, y la bala se incrustó en el techo, porque la

Smith & Wesson

se había elevado, antes de escapar de la diestra de Milton.

El silenciador, naturalmente, ahogó el disparo.

Milton intentó recuperar su arma, pero Teddy le propinó un empujón y lo hizo caer.

—¡Burke...! ¡Gavin...! ¡Entrad! —gritó el millonario.

Teddy no dudó en arrojar al suelo, sobre la
Smith & Wesson
de Milton Farmer.

Justo cuando la empuñaba, la puerta se abrió y Burke y Gavin irrumpían en el despacho, esgrimiendo sendas pistolas automáticas, provistas de silenciador.

—¡Matadle...! —ordenó Milton.

Burke y Gavin apuntaron al agente del FBI, pero éste se les anticipó.

«¡Zump!», «¡zump!», «¡zump!», «¡zump!». Cuatro disparos.

Muy veloces.

Y muy silenciosos.

Burke y Gavin se derrumbaron, mortalmente heridos.

No volverían a torturar a nadie más con sus navajas, porque les quedaban escasos segundos de vida.

Milton Farmer palideció al ver caer a Burke y Gavin.

No se levantó del suelo.

Ni siquiera se movió.

Temía que Teddy Ackland disparara de nuevo, esta vez sobre él, y lo liquidara también.

Pero el agente del FBI no efectuó más disparos, por el momento.

Se irguió y se aproximó a Burke y Gavin, sin perder de vista al millonario.

Lo primero que hizo, fue recoger sus armas y guardárselas en los bolsillos de su chaqueta.

Iba a cerrar la puerta del despacho, cuando vio aparecer a Selina.

—¡Teddy! —exclamó la muchacha.

—Entra, Selina.

La joven penetró en el despacho y el agente del FBI cerró rápidamente la puerta.

Selina miró fugazmente a su tío, que seguía en el suelo, muy quieto y sin color en el rostro.

Después, clavó sus ojos en los cuerpos ensangrentados de Burke y Gavin.

—¿Muertos...? —preguntó, con un hilo de voz.

—Sí —asintió Teddy—. Intentaron acabar conmigo, por orden de tu tío.

—Lo oí.

—Él también me disparó, pero falló y le arrebaté el arma —explicó el agente, levantando la Smith & Wesson.

Selina posó su mirada en Ron Strudwick, tendido también en el suelo, algunos metros más allá.

Estaba muy encogido y no se movía, por lo que la muchacha preguntó:

—¿Muerto, también...?

—No, Ron sólo está desvanecido. Tu tío le ordenó que me diera una paliza, pero la paliza se la di yo a él. Y como remate le incrusté una rodilla entre los muslos. Fue eso lo que le hizo perder el conocimiento. No pudo resistir el dolor. Y antes de que me consideres un salvaje, te diré que lo del rodillazo en los genitales fue porque Ron, Burke y Gavin torturaron con navajas y con cables eléctricos a Fred Crowley, el policía que me ayudó a representar la farsa en el restaurante. Querían hacerle hablar, pero no lo consiguieron. Y sospecho que lo mataron.

Selina tuvo un profundo estremecimiento.

—¿Es eso cierto, tío Milton...?

El millonario no respondió.

—Conmigo pensaban hacer lo mismo, Selina, después de que Ron me diera la paliza —informó Teddy—, lo dijo tu tío, antes de lanzar a Ron contra mí. Navajas y cables eléctricos.

—¡Qué horror!

—Tu tío no es digno de tu cariño, Selina. Es un canalla.

—¡Cállate, maldito! —rugió Milton, desintegrando con los ojos al agente del FBI.

—Mataron sus hombres a Crowley, ¿verdad?

—¡No lo mataron! ¡Se murió!

—Explíqueme eso.

—¡A Ron se le fue la mano con los cables eléctricos y al tipo le falló el corazón! ¡No tenía intención de matarle, lo quería vivo, para que hablara!

Teddy atirantó los músculos faciales.

—Si no estuviera Selina presente, le juro que...

La muchacha, muy pálida, lo cogió del brazo.

—Por favor, Teddy.

—Tu tío es un gusano, Selina No sé cómo has podido vivir en la casa de un bicho semejante.

—¡Con ella siempre me porté bien, Ackland! ¡La quiero muchísimo!

—¡Usted no puede querer a nadie, Farmer! ¡No tiene sentimientos!

—¡No es cierto!

Ackland se iba ya hacia el millonario, para golpearle, pero Selina le detuvo.

—Déjalo, Teddy, te lo suplico —dijo, con lágrimas en los ojos.

—Está bien —rezongó el agente—. Pero dile que tenga la boca cerrada, porque si la vuelve a abrir, aunque sea para estornudar, se la cierro yo de una patada.

No fue necesario que Selina se lo dijera, porque Nilson, convencido de que Teddy le atizaría si volvía a hablar, se mantuvo callado.

El agente, recordando que Ron Strudwick iba armado, se acercó a él y le arrebató la Luger.

—Toma esta pistola, Selina —dijo, entregándole la Smith & Wesson del millonario, y quedándose con la Luger de Ron—. Quiero que vigiles a tu tío y a Strudwick, mientras yo husmeo por los cajones de la mesa.

—De acuerdo.

Teddy fue hacia la mesa, la rodeó, y empezó a buscar en los cajones.

Milton miró a su sobrina.

Con los ojos, le suplicó que le sacara de aquello.

Selina se puso nerviosa.

Le dolía que su tío fuera a la cárcel, pero no podía ayudarle, porque tendría que traicionar a Teddy.

Y no quería hacerlo, pues ahora ya sabía lo que sería del agente del FBI si caía en manos de su tío.

* * *

Teddy Ackland llevaba ya bastantes minutos revolviendo los cajones de la mesa de Milton Farmer. Había encontrado cosas muy interesantes, libretas y documentos verdaderamente comprometedores, pues venían a demostrar que Milton, como sospechaba el FBI, era el jefe de una importante organización de traficantes de droga.

El agente levantó un momento la mirada y la posó en el tío de Selina, que continuaba sentado en el suelo.

—Así que Norman Thinn es el segundo de a bordo de la organización, ¿eh, Farmer?

—No sé de qué me hablas —gruñó Milton.

—Le hablo del hombre que estaba aquí, en su despacho, esta tarde, cuando les traje las copas.

—Norman es un amigo.

—Que viene muy a menudo por su casa, ¿eh, Selina?

—Efectivamente —asintió la joven, que no se había dejado ablandar por las suplicantes miradas de su tío.

—Norman Thinn es el brazo ejecutor. Irá también a la cárcel, tengo las pruebas necesarias.

Milton Farmer sufrió un ataque de ira.

—¡Sucio polizonte!

Teddy esbozó una sonrisa.

—Me ducho todos los días, Farmer.

—Y no es un vulgar policía, tío Milton. Es un agente del FBI, enviado desde Washington, ya que pertenece al Departamento Central —informó Selina.

—Así es —asintió Teddy.

Milton sintió que su cólera aumentaba.

—¡Bastardo!

—Sujete la lengua, Farmer.

—¡Todavía no has salido de la villa, Ackland!

—Saldré, no lo dude.

—¡Mis hombres no lo permitirán! ¡Hay varios vigilando los alrededores de la casa y la verja de salida!

—Lo sé. Y no me preocupa en absoluto, porque lo llevaré a usted como escudo. Si disparan, usted será el primero en caer, Farmer.

—¡Maldito!

—Cierre el pico de nuevo —ordenó el agente del FBI, y siguió revolviendo los papeles del millonario.

Selina miraba a su tío. Por eso no vio que Ron Strudwick entreabría los ojos.

Había vuelto en sí, pero no se movió ni se quejó, a pesar de que le dolía casi todo.

Y más que nada, lo que tenía de hombre.

La inmovilidad y el absoluto silencio del jefe de los guardaespaldas de Milton Farmer se debían a que estaba pensando

en la forma de sorprender a Teddy Ackland, recuperar su Luger y dominar la situación. No iba a ser fácil, pero Strudwick estaba decidido a hacerlo.

CAPÍTULO XIII

Milton Farmer respingó levemente.

Acababa de descubrir que Ron Strudwick se hallaba consciente.

Selina Pennell miró un instante al jefe de los matones de su tío, pero como lo vio quieto y con los ojos cerrados, creyó que seguía desvanecido y volvió a prestar atención a su tío.

Milton decidió ayudar a su hombre de confianza, para ver si entre los dos lograban sorprender al agente del FBI. Se irguió lentamente, para llamar la atención de Teddy Ackland y que éste y Selina se fijaran exclusivamente en él. De esta manera, Ron tendría la posibilidad de actuar.

Teddy, en efecto, miró inmediatamente al millonario y le apuntó con la Luger de Ron.

—No se mueva, Farmer.

—Me he cansado de estar sentado en el suelo —gruñó Milton, masajeándose las posaderas.

—Si intenta algo, no dudaré en disparar —advirtió el agente.

—Y tú lo permitirás, ¿verdad, Selina?

—Quédate quieto, tío Milton, por favor —rogó la muchacha.

—Lo estoy viendo y no puedo creerlo. Tú, mi sobrina, a la que siempre quise como a una hija, me estás apuntando con una pistola. Con mi propia pistola. Y hasta te creo capaz de apretar el gatillo, como el maldito agente, si muevo un solo dedo. Aunque sea para rascarme la nariz.

Selina se mordió el labio inferior.

—Lo siento, tío Milton, pero...

—Casi lo prefiero, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que disparéis los dos sobre mí. La muerte es mejor que la

cárcel.

—No digas tonterías.

—No quiero pasarme el resto de mis días entre rejas. Matadme. Acabad conmigo.

—Cállese, Farmer —ordenó Teddy.

—Hazlo tú, Selina. Dispara sobre mí.

—¡Basta, tío Milton!

El millonario dio un paso hacia su sobrina.

—¡Quieto! —gritó el agente del FBI, saliendo de detrás de la mesa.

Era lo que Milton pretendía, que Teddy quedara al alcance de Ron Strudwick, para que éste se encargara del resto.

Teddy, en efecto, pasó muy cerca de Ron, sin sospechar que el jefe de los matones de Milton Farmer hacía ya varios minutos que había recobrado el conocimiento.

Strudwick no dudó en entrar en acción, porque la oportunidad era inmejorable.

Disparó sus brazos repentinamente, agarró las piernas del agente del FBI, y le hizo caer de bruces.

En la caída, totalmente inesperada, Teddy perdió la Luger.

—¡Sujétalo, Ron! ¡No lo sueltes! —gritó Milton al tiempo que saltaba sobre su sobrina para arrebatarse la Smith & Wesson.

Selina luchó por la posesión del arma.

—¡Dame eso, estúpida! —Ladró Milton.

—¡No!

—¡Suelta la pistola o tendré que golpearte, Selina!

La joven no hizo caso.

Entretanto, Teddy Ackland había intentado librarse de Strudwick, pero éste le propinó un terrible mazazo en la nuca y le dejó aturdido. Ron se apresuró a recuperar su Luger. Vio que Selina le daba la espalda en aquel momento y no dudó en apuntarle.

Después de lo ocurrido, Milton Farmer no le reprocharía que hubiese disparado sobre su sobrina, ya que ésta se había puesto claramente de parte del agente del FBI.

Pero Strudwick estaba equivocado.

Milton no quería que Selina muriese.

Ni siquiera que sufriese daño alguno.

Por eso, al ver que Strudwick apuntaba a su sobrina con su Luger, con intención de disparar, gritó:

—¡No, Ron...!

Strudwick accionó el gatillo.

«¡Zum!». «¡Zum!». Fueron dos disparos muy seguidos.

Por suerte para Selina, su tío la había hecho girar con brusquedad, invirtiendo sus posiciones.

Y fue su espalda la que recibió los dos impactos.

Milton Farmer desorbitó los ojos al recibir los balazos, pero no emitió grito alguno.

Se quedó inmediatamente sin fuerzas, se le doblaron las piernas, y se desplomó.

Selina no pudo contenerle, a pesar de que lo intentó.

—¡Tío Milton! —exclamó horrorizada.

Seguía empuñando la

Smith & Wesson,

pero no la utilizó contra Ron Strudwick, porque sólo tenía ojos para el moribundo de su tío.

Strudwick, rabioso por haberle dado a Milton Farmer, apuntó de nuevo a Selina.

—¡Maldita! —rugió.

«¡Zum!». «¡Zum!». Dos disparos más.

Pero esta vez no los efectuó la Luger de Ron Strudwick. Tampoco la

Smith & Wesson

de Milton Farmer, en la diestra de Selina Pennell. Las silenciosas balas las había escupido la Magnum de Burke, que Teddy Ackland había sacado del bolsillo derecho de la chaqueta del pijama.

Medio aturdido todavía, por el mazazo de Strudwick, fue capaz de extraerla y disparar sobre el jefe de los matones de Milton Farmer, antes de que éste pudiera hacerlo sobre Selina. Y como no falló, porque la distancia era muy corta, Ron Strudwick se fue al infierno en un par de segundos. No volvería a aplicarle cables eléctricos nadie más.

* * *

Selina Pennell se había arrodillado junto a su tío y le había

levantado ligeramente la camisa.

—Tío Milton... —murmuró, las lágrimas resbalándole ya por las mejillas.

Milton Farmer entreabrió los ojos. Tenía la mirada turbia. Vidriosa. Le quedaban escasos segundos de vida y él lo sabía.

Por eso, porque no ignoraba que se moría, los aprovechó para decir:

—Te quiero, Selina... No he sido un hombre bueno, pero te he querido desde que naciste... Por eso no podía permitir que Ron...

No pudo seguir hablando.

Se le había llenado la boca de sangre.

Tuvo una brusca convulsión y dobló la cabeza.

Teddy Ackland se había puesto en pie, con alguna dificultad.

—¿Ha muerto, Selina? —preguntó.

La muchacha alzó la cabeza y lo miró a través de sus lágrimas.

—Sí.

—Lo siento.

—Me salvó la vida, Teddy. Ron me había disparado a mí, pero tío Milton ocupó mi lugar y...

—Era cierto que te quería, Selina.

—Sí, mucho. Y yo también a él, a pesar de todo.

El agente se acercó, la cogió por los hombros, y la ayudó a ponerse en pie.

—Tenemos que salir de aquí, Selina.

—¿Y los hombres que vigilan los alrededores de la casa y la verja de salida...? Ya no puedes utilizar a mi tío como escudo.

—No importa. Conseguiremos igualmente salir de la villa —aseguró Teddy.

* * *

Teddy Ackland y Selina Pennell se habían vestido ya. El agente del FBI esgrimía de nuevo la Luger de Ron Strudwick, y llevaba la Magnum de Burke de reserva. Selina, por su parte, empuñaba la Smith & Wesson de su tío.

Salieron de la casa cautelosamente. El Lamborghini de Selina estaba encerrado en el garaje, así que ella y Teddy caminaron hacia

allí. Estaban a punto de alcanzarlo, cuando aparecieron dos hombres pistola mano.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

—¡Al suelo, Selina! —ordenó el agente del FBI, empujando a la muchacha.

Teddy también se dejó caer, al tiempo que abría fuego contra la pareja de individuos. El de la derecha recibió un impacto en el pecho y se derrumbó, dando un alarido de muerte. El de la izquierda recibió dos balazos, el primero en el estómago y el segundo en el cuello, y también se vino abajo.

Teddy y Selina se irguieron con prontitud, se introdujeron en el garaje, y se metieron en el Lamborghini. Selina lo puso en marcha y lo sacó rápidamente del garaje. El bólido rojo enfiló hacia la verja de salida, rugiendo como una bestia prehistórica.

La verja estaba vigilada por otros dos hombre, armados también con pistolas automáticas. Hicieron uso de ellas, pero Teddy asomó la Luger por la ventanilla y le dio al gatillo. Le voló la cabeza a uno de los tipos. Al otro lo tumbó de dos certeros balazos en el pecho.

El camino quedó libre y el Lamborghini pudo abandonar la lujosa villa de Milton Farmer, expertamente pilotado por Selina.

Epílogo

Habían pasado dos días.

La organización creada y dirigida por Milton Farmer, ya no existía. Había sido desmantelada por la policía de San Francisco, gracias a los datos conseguidos por Teddy Ackland.

El primero en ser detenido, fue Norman Thinnes, el segundo de a bordo de la organización, que no tuvo más remedio que cantar de plano.

Concluida la tarea, el agente del FBI se reunió con Selina Pennell. Habían salido de la ciudad, en el Lamborghini, y se habían detenido en un lugar solitario, apacible, tranquilo. Allí, y después de darse un par de besos, Teddy dijo:

—Tengo que regresar a Washington, Selina.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—He cumplido mi misión y debo volver. Pero no quisiera hacerlo solo.

—¿Me estás proponiendo que te acompañe, Teddy?

—Algo más que eso.

—Habla.

—Quiero que te cases conmigo, Selina.

—¿Cuánto tiempo me dedicarás?

—Todo el que pueda. Y cuando estemos juntos, no desaprovecharemos un solo minuto —aseguró el agente, acariciándole los muslos.

Selina sonrió.

—Iré contigo a Washington, Teddy. Y seré tu esposa.

—No te arrepentirás —respondió Ackland, y la besó de nuevo.

Selina le devolvió el beso.

De pronto, la mano del agente del FBI dejó los tersos muslos

femeninos y se fue para arriba, buscando el escote de la blusa, en donde se introdujo.

Selina interrumpió el beso.

—Otra vez tratando de hallar la aceituna del martini, ¿eh, bribón? —bromeó.

—Ya lo tengo —respondió el agente, aprisionándole suavemente el pezón izquierdo.

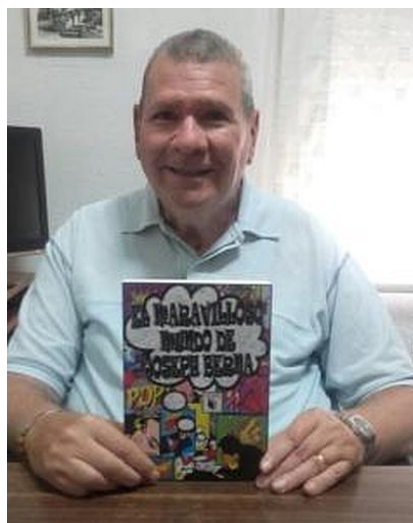
—Seguro que no tardas en encontrar la otra.

—Aquí está —sonrió Teddy, aprisionándole el otro pezón.

—Eres un sinvergüenza, ¿no lo sabías?

—Mi abuela me lo decía —respondió el agente del FBI, y besó nuevamente a Selina, la mujer que muy pronto sería su esposa.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio "La Ferroviaria", del que guarda un grato recuerdo de su profesora "Doña Consuelo" que le apodó con el nombre de "Tragalibretas" debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto "José de Rivera" donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como "Seis cadáveres en potencia", "El reino de los seres de hielo", "La mansión de los mil y un horrores", "El coleccionista de seres", "El

terror cayó del cielo” o “El planeta robotizado”.